

R. FRAGUEIRO

COMPENDIO

DE

HISTORIA ANTIGUA



BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CA.-EDITORES



300

~~3208~~



COMPENDIO
DE
HISTORIA ANTIGUA

— 0245

HTA
1898
FRAC
1

COMPENDIO

BIBLIOTECA POPULAR

DE
CONSEJO ESCOLAR Nº

HISTORIA ANTIGUA

Arreglado según el Programa vigente
para los alumnos de segundo año del Colegio Nacional

POR

RAFAEL FRAGUEIRO

CATEDRÁTICO DE HISTORIA DEL COLEGIO NACIONAL
DE LA CAPITAL

- 2420 -

A 710 p.



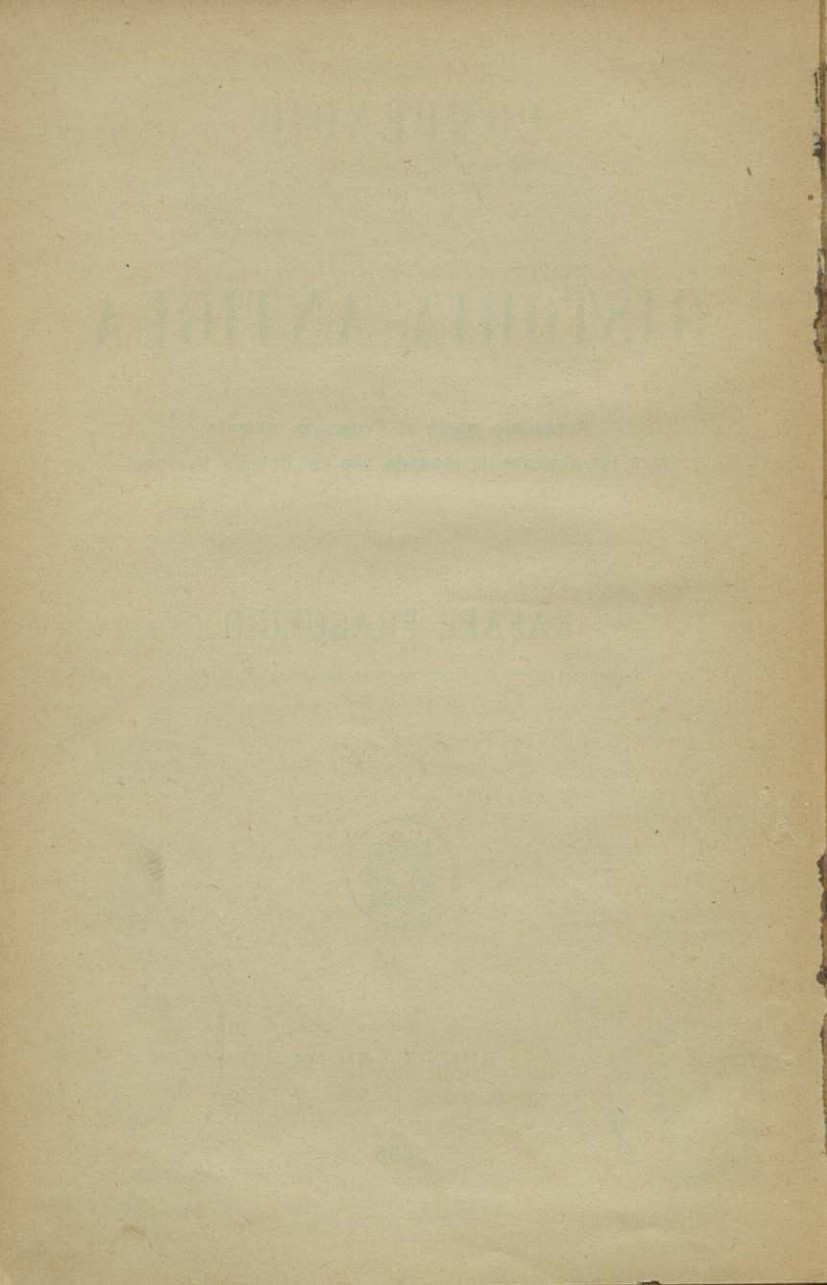
BUENOS AIRES

Ángel Estrada y Cia., Editores

CALLE BOLÍVAR, 466

1898

M
62



AL LECTOR

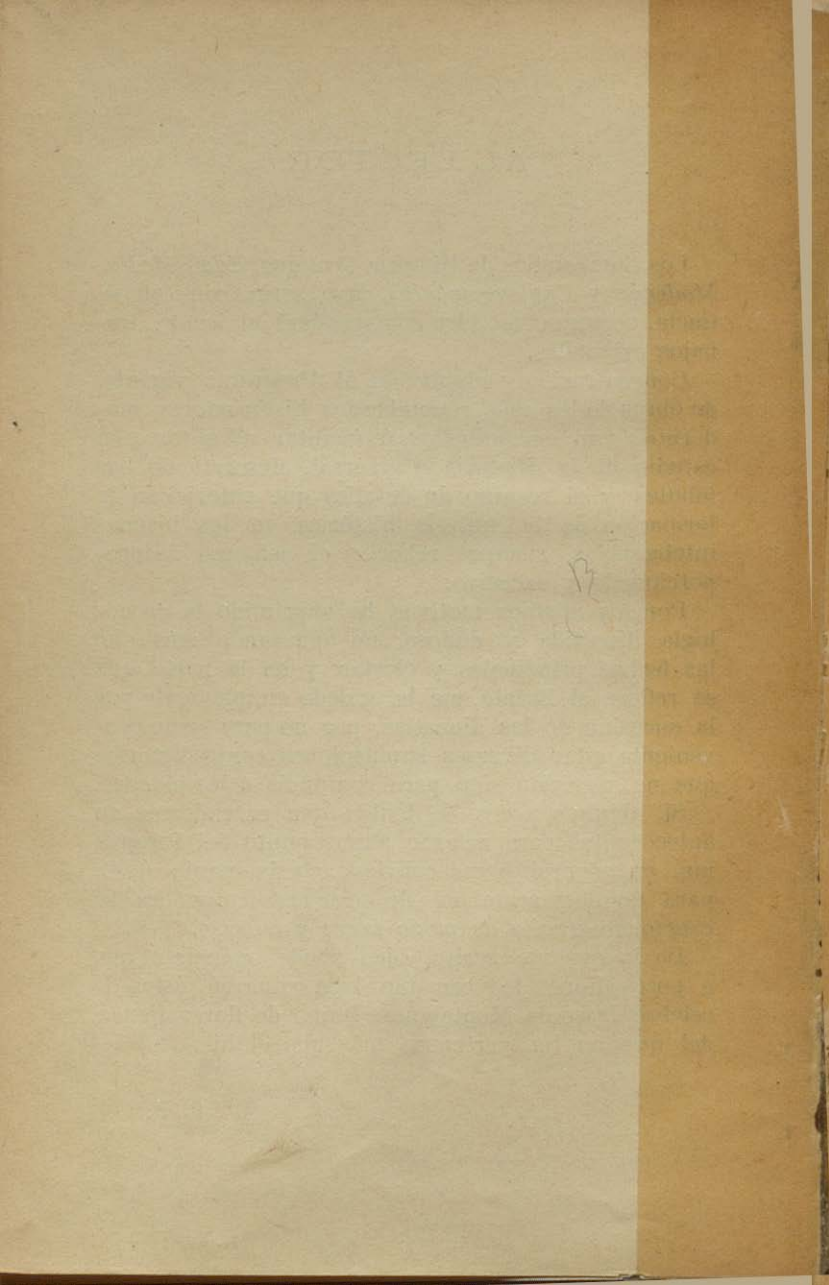
Los Compendios de Historia (*Antigua, Edad Media, Moderna y Contemporánea*) cuya serie, con éste se inicia, no son, como bien comprenderá el lector, trabajos originales.

Concentración y adaptación al Programa vigente, de obras de los más renombrados historiadores modernos, van encaminados á facilitar al alumno el estudio de la Historia Universal, descartando las fábulas y el recargo de detalles que entorpecen la formación de la síntesis histórica en las jóvenes inteligencias, siempre rehacias al esfuerzo desproporcionado y excesivo.

Por los mismos motivos, he suprimido la cronología discutida y dudosa, no apuntando más que las fechas principales y ciertas; y en la parte que se refiere al Egipto, me he guiado simplemente por la sucesión de las dinastías, por no parecerme conveniente citar diversas suputaciones contradictorias que no servirían sino para confundir á los jóvenes.

Si algunas veces he tenido que extenderme en antecedentes para aclarar algún punto del Programa, en general heme ceñido exclusivamente á él, para no desviarme del fin propuesto, que era *su exacto desarrollo de modo breve y conciso*.

De lo que va escrito, bien puede colegirse que á pocos libros les cae tan bien como á éstos la célebre frase de Montaigne: «Ramo de flores ajenas, del que no me pertenece más que el hilo».



PÁGINAS
FALTANTES

blas de la Ley, que son los Mandamientos de la Ley de Dios.

Pero cuando Moisés bajó del monte, vió que los israelitas se habían entregado á la idolatría de un becerro de oro, y en castigo de ello, perecieron muchos y los otros, como hemos dicho, vagaron cuarenta años por el desierto de Arabia.

De los que salieron con Moisés, casi ninguno entró en Canaán, y al mismo Patriarca, en castigo de haber tenido desconfianza en el Señor, sólo le fué dado verla desde lejos.

Sólo á Josué y Caleb, fieles al Señor, les fué concedido entrar allí.

Josué, que sucedió á Moisés, tuvo la gloria de conducir á Canaán al pueblo del Señor; las murallas de Jericó, que era la plaza fuerte de Canaán, caían desmoronadas al son de las trompetas y los gritos del pueblo, mientras los sacerdotes avanzaban llevando sobre sus hombros el Arca de la Alianza, donde se guardaban las Tablas de la Ley.

LOS REYES

En los primeros tiempos, los israelitas se gobernaron por jueces (1426 á 1095 a. de J. C.), que eran á la vez magistrados y caudillos; pero después cansáronse de este sistema y quisieron tener reyes, á la manera de los pueblos vecinos.

Samuel, que fué el último juez, por disposición de Dios, ungió á Saúl como primer rey de los israelitas (1095).

Saúl se portó bien al principio, pero faltando después á los mandatos del Señor, ordenó Dios á Samuel que ungiera y consagrara como rey á David, que era

el menor de los hijos de Isaí, de la la tribu de Judá. Saúl siguió prevaricando y un espíritu maligno se apoderó de él. Entonces le aconsejaron que hiciese venir á David, que sabía tañer muy bien el arpa, para que le distrajese y disipase la profunda tristeza que le acometía. Vino el joven á presencia del rey y cada vez que tocaba el arpa, el rey se mejoraba; tanto le agradó al rey el joven, que sin saber que ya estaba ungido por orden de Dios como rey, le nombró su escudero.

Acaeció que los filisteos, constantes enemigos de los israelitas, llegaron á las puertas de Jerusalén y provocaron á los israelitas.

Llevaban éstos por campeón á un enorme gigante que se llamaba Goliat, y desafiaron á los hebreos á ver quién se animaba á pelear en combate singular con él. Nadie se animaba á ello, y en vano Saúl ofreció la mano de una de sus hijas al que tal hiciese.

David, al conocer aquel reto insolente, lleno de confianza en Dios, pidió permiso al rey para combatir al gigante.

Era David pequeño y muy joven, así que el rey quiso que se cubriera con un casco y un escudo; pero el joven israelita sólo llevó una honda y cinco guijarros que recogió en el torrente.

Al verle venir Goliat, creyó el triunfo seguro y hasta se burló de él por las armas que traía; pero David le asestó una piedra en la frente y lo derribó, le sacó la espada del cinto y con ella le cortó la cabeza. Los filisteos, al ver esto, huyeron despavoridos.

Entonces el pueblo aclamó á David por este hecho, y Saúl tuvo envidia del joven, y no sólo no le dió á su hija, sino que varias veces, mientras tañía el arpa delante de él, pretendió atravesarle con su lanza.

En otra ocasión, ofreció el rey nuevamente la ma-

no de su hija Micol, si mataba cien filisteos. David mató doscientos, y el rey no tuvo más remedio que cumplir su palabra.

Mas no tardó en quererle matar nuevamente; pero su mujer le salvó. David tuvo varias veces en su mano la vida de aquel terrible enemigo, pero nunca quiso ponerla sobre el ungido del Señor.

Saúl murió, á causa de sus maldades, abandonado casi de sus tropas en otra guerra contra los filisteos. Desesperado de miedo de caer en manos de ellos, se precipitó sobre su espada (1055).

Sucedióle David, que hizo trasportar el Arca de la Ley á Jerusalén y fué un excelente monarca.

Sin embargo, David pecó también dos veces contra el Señor; pero hizo penitencia, se arrepintió y el Señor le perdonó sus faltas. David no sólo fué un santo rey, sino que fué un gran poeta. Uno de sus deseos fué levantar un templo al Señor; pero Dios le hizo decir, por medio de su profeta Natán, que esa gloria estaba reservada para uno de sus hijos, pues él había hecho derramar sangre humana.

Salomón, que fué el hijo que le sucedió (1015), hizo en efecto levantar el templo más magnífico que se ha conocido.

El Señor le dió el don de sabiduría, y en tal modo que su nombre se hizo célebre en todo Oriente; reinó sabiamente y sin guerras; pero después se corrompió y hasta construyó un templo á los ídolos. Entonces el Señor le advirtió que, por haber hecho eso, le daría su reino á un súbdito y no á su hijo, á quien sin embargo, por amor de David, dejaría dos tribus. Salomón murió poco después, casi odiado de sus súbditos.

Á su muerte sólo las tribus de Judá y Benjamín obedecieron á Roboán su hijo (975), y las otras diez eligieron por rey á Jeroboám, que había sido empleado

de Salomón. Las diez tribus tomaron el nombre de reino de *Israel*, y las otras dos el de reino de *Judá*.

Desde esta separación los reyes de Israel favorecieron la idolatría, para que el pueblo no fuese al templo de Jerusalén, temerosos de que volviesen á los descendientes de David. Doscientos cincuenta y tres años duró este reino, y tuvo diez y nueve reyes idólatras, que subieron al trono por medios violentos. Sostuvieron guerras con Judá y llevaban en su auxilio á los pueblos gentiles, en contra de sus hermanos. Para corregir Dios á estos reyes, lo mismo que á muchos de Judá, que también faltaron, suscitó á los *Profetas*, de quienes luego hablaremos.

El reino de Israel, cuya capital era Samaria, fué destruído por *Salmanasar*, rey de Asiria (772 a. C.), que se llevó á casi todos cautivos á su reino. Á los pocos que quedaron, se les dió el nombre de samaritanos y fueron despreciados por los demás hebreos de Judá, porque mezclaban el paganismo á la verdadera fe.

Entre los reyes de Judá, también hubo algunos que se dieron á la idolatría y hubo reinas corrompidas y criminales como *Atalia*.

Los mejores de estos reyes fueron *Josafat* y *Ezequías*. Los últimos reyes, despreciando los avisos de Dios, se entregaron por completo á la idolatría, y el reino entero de Judá fué entregado al cautiverio de Babilonia y destruído el templo de Jerusalén.

Según lo habían pronosticado los profetas, setenta años duró el cautiverio de Babilonia.

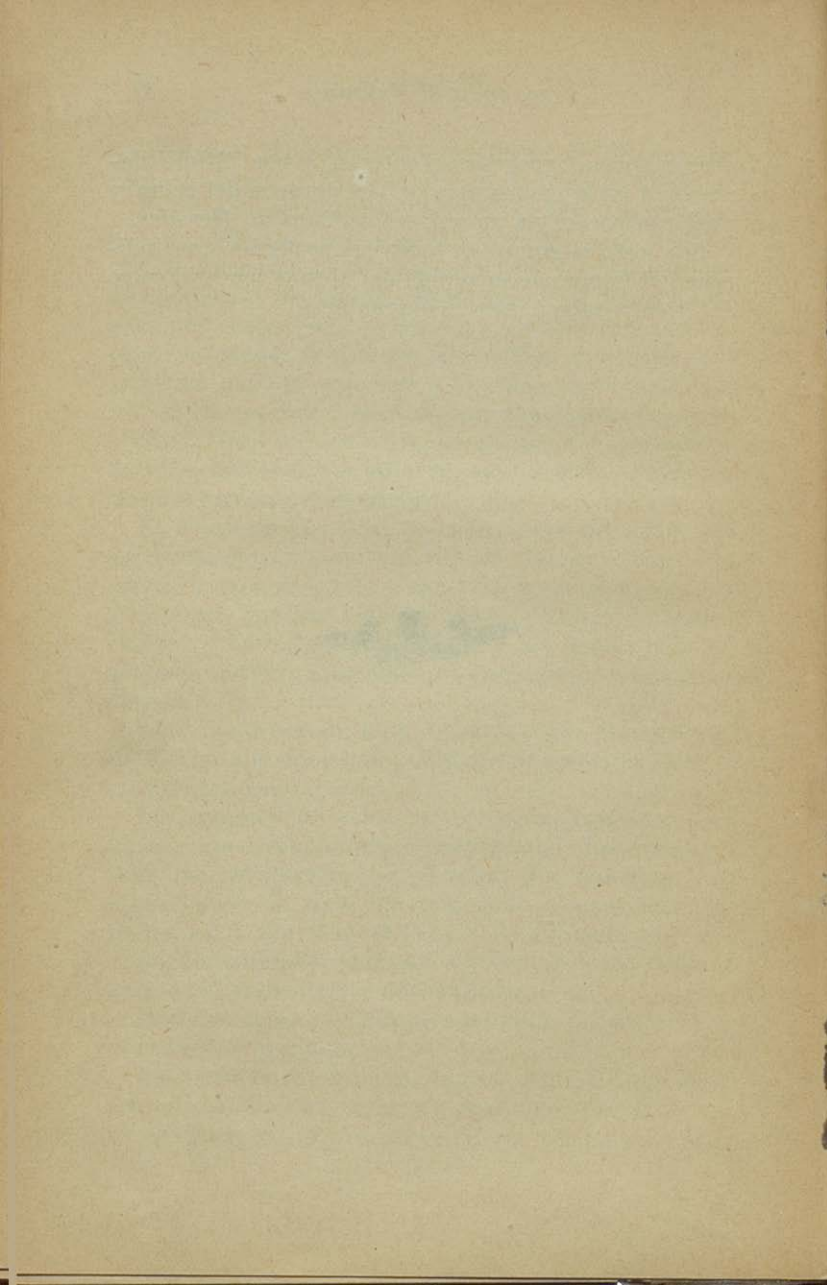
Después de eso, volvieron los judíos á su tierra y reedificaron el templo.

Las hermanos Macabeos fueron jefes del pueblo y con el auxilio del Señor combatieron y vencieron á los soldados del rey Antíoco. Pero sus sucesores se

corrompieron, guerrearon entre sí, y por último llamaron á los romanos, que se apoderaron del reino y pusieron por rey á un extranjero llamado *Herodes*.

Con esto se cumplían todas las profecías que indicaban el tiempo de la venida del Mesías, pues el cetro de Judá pasaba á manos extranjeras.





LECCIÓN QUINTA

PROGRAMA:—Los fenicios: industria, colonias.—Fundación de Cartago.—El alfabeto.

LOS FENICIOS

La Fenicia era una pequeña porción de la Palestina, comprendida entre el monte Carmelo y el río Eleuterio. El Líbano servíale de muralla y el mar Mediterráneo ó interior de ancho campo para sus expediciones comerciales.

La extensión de esta estrecha faja de tierra era de 200 kilómetros de largo, y su ancho no excedía de 20. Sin embargo, fué el gran pueblo comercial de la antigüedad. Sus ciudades, situadas entre las islas y riscos del litoral mediterráneo y como supeditadas por los montes que les cerraban la parte oriental, se hicieron marítimas forzosamente. Recorrieron los fenicios todas las costas del mar interior, fundando en todas ellas factorías, que fueron luego colonias; pasaron las columnas de Hércules y fundaron á Gades (Cádiz) en la costa del Atlántico. España dióles sus minas de plata y plomo; de las islas Británicas extraían estaño,

y créese que llegaron hasta el Báltico, adonde iban por ámbar, más caro que el oro en aquel entonces.

Su comercio no tuvo igual en los tiempos antiguos. Todos los productos del mundo antiguo se acumulaban en los puertos de Tiro y Sidón, para ser intercambiados por sus naves, y en todas las regiones conocidas en aquella época dejó la nave fenicia memoria de su paso estableciendo florecientes colonias.

Eran los fenicios, á más de expertos marinos y hábiles traficantes, sabios obreros é industriosos artífices. Fueron los primeros en fabricar el vidrio en grande escala, si no sus inventores, honra que les reclaman los egipcios. No tuvieron rival en la tintura de las telas de seda, lana, hilo y algodón, y es clásicamente célebre la púrpura de Tiro. La cerámica, la fundición de metales y el labrado del marfil no tenían secretos para ellos.

La historia de la Fenicia puede resumirse en breves palabras. Á pesar de su pequeñez, de su iniciativa y riqueza, no fué nunca un país unido bajo un solo gobierno. Era una confederación de ciudades con reyes propios. De éstas, las más importantes fueron Sidón y Tiro.

Sidón, fundada por los cananeos, era la más antigua de todas.

De ella salieron los primeros piratas y navegantes que surcarón el Mediterráneo, y tuvo por mucho tiempo la supremacía política de la confederación.

Pero Sidón fué destruída y arrasada por los filisteos, y le sucedió en grandeza política y comercial Tiro, *su hija mayor*, que llegó á ser más célebre que ella.

Los reyes de Tiro fueron más independientes que los de las otras ciudades de la confederación, en las que predominaba la influencia de los grandes comerciantes.

FUNDACIÓN DE CARTAGO (siglo IX a. de J. C.)

Sin embargo, á consecuencia de un motín popular fué derrocado y muerto el rey Siqueo y puesto en su lugar Pigmalión, hermano de su viuda.

Ésta, cuyo nombre era Elissar, pero que es más generalmente conocida con el nombre de Dido, que le dió la fábula griega, huyó de Tiro con muchos de sus parciales y con cuanto oro y joyas pudo llevarse del tesoro real y se refugió en la antigua factoría fenicia de Cambé, en la costa septentrional de África, donde dió cima á la fundación de Cartago.

La fuga de Elissar fué fatal para Tiro; no sólo le quitó el tesoro real, sino que arrastró consigo á los grandes armadores y comerciantes de la ciudad.

La nueva población no tardó en ofuscar la grandeza tiria; Cartago fué la reina del Mediterráneo hasta que Roma abatió su orgullo, destruyéndola.

EL ALFABETO

Hemos visto que los fenicios no formaban un imperio poderoso, y sí más bien una confederación de ciudades comerciales, como se verá más tarde en la Europa de la Edad Media (ciudades anseáticas, etc.). La grandeza fenicia estribaba únicamente en el inmenso tráfico de sus puertos, y en su industria y fabulosas riquezas.

Pero, á pesar de que ni en las artes, ni en las letras, ni en las ciencias sobresalieron, débeseles gratitud la humanidad por un invento genial, el alfabeto, sin el cual tal vez no hubieran progresado mucho las letras, ni las artes, ni las ciencias de las demás naciones.

Como lo primero que se os enseña en la escuela son

las letras, os parecerá á primera vista cosa pequeña y sin importancia el haberlas inventado. Pero habéis de saber que antes de ellas, no había otros medios para transmitir el pensamiento que el jeroglífico y el cuneiforme; es decir, la representación de las ideas y los objetos por figuras ó por signos que expresaban sílabas. Ambos sistemas eran oscuros y complicados. El genio fenicio desarticuló las sílabas y estableció una limitada serie de caracteres escritos, con cuya combinación pudiese expresarse todos los sonidos de la voz humana.

Esta invención fué adoptada por todos los pueblos de Europa, modificándola cada uno según convenía á la índole de su lengua.

El nuestro, por ejemplo, tiene cinco letras más que el primitivo alfabeto fenicio, que sólo constaba de veintidós caracteres.



LECCIÓN SEXTA

PROGRAMA:—Los griegos.—La Grecia antigua y el litoral Mediterráneo.—La raza helénica.—Dioses y leyendas.—La guerra de Troya.—Los poemas de Homero. Oráculos griegos.

LOS GRIEGOS

Se cree que la Grecia tuvo por primeros pobladores a los descendientes de Javán, hijo de Jafet y nieto de Noé, que del Asia emigraron a Europa. Éstos se llamaron pelagos y vivieron por mucho tiempo en chozas, dedicados exclusivamente al pastoreo y a la agricultura. Pero algunos siglos después, los egipcios con Cecrops, los fenicios con Cadmo y los frigios con Pelops, introdujeron la civilización en aquella región.

Casi toda la Grecia fué colonizada así por emigraciones de pueblos extranjeros, lo que dió lugar a que el país se compusiera de muchos pequeños estados. Los comienzos de la historia de Grecia están envueltos en fábulas urdidas por los poetas, así que es muy difícil desentrañar la verdad histórica de ellos.

En el siglo XIV antes de la era cristiana, otro pueblo que se decía descendiente de Heleno, hijo de Deu-

calión y Pirra, invadió la Grecia, y aunque del mismo origen que los pelagos ya establecidos en ella, como eran más civilizados y valerosos les subyugaron y absorbieron de tal modo, que de ellos tomó nombre el país: *Hélade*. El nombre de Grecia fué dado por los romanos.

Los helenos dividíanse en cuatro grupos principales: eolios, aqueos, jonios y dorios. Los eolios ocuparon la Tesalia y parte del Peloponeso (Corinto, la Élide). Los aqueos, la Laconia y la Argólide. Los jonios, la Ática y la Acaya; y los dorios, la región reducida y estéril á que dieron nombre: la Dóride.

LA GRECIA ANTIGUA Y EL LITORAL MEDITERRÁNEO

La antigua Grecia, propiamente dicha, abrazaba el territorio de la moderna y parte de la Turquía meridional. El Epiro, la Tesalia y la Dóride estaban al Norte. En el centro hallábanse la Acarnania, la Etolia, la Fócide, la Beocia y la Ática. Al sur, unidos al continente por el istmo de Corinto, penetraba en el mar Mediterráneo la península del Peloponeso, que comprendía la Arcadia, la Mesenia, la Argólide y la Laconia.

Todos estos pequeños estados eran independientes y no tenían más unión entre sí, que el vínculo de la raza.

Los mares que bañan las costas de Grecia, que en realidad no son más que entradas del Mediterráneo, están como cuajados de islas, que le pertenecían. En el mar Jonio: Corcira, Ítaca, Creta, Rodas, las Cícladas, etc. Delos, Lemmos, Samotracia, Taso y las Espóradas en el mar Egeo. Lesbos, Quío, Imbros y Samos se escalonan sobre el litoral oriental.

Más adelante poblaron las playas del Ponto Euxi-

no, y fundaroná Massilia (Marsella) casi en el otro extremo de Europa, Cirene en las costas de África y sus florecientes colonias de Italia, que fueron célebres bajo el nombre de *Magna Grecia*.

LA RAZA HELÉNICA

Los helenos primitivos, como hemos visto, tenían el mismo origen que los pelasgos; es decir, eran descendientes de Jafet y por consiguiente pertenecían á la gran familia indoeuropea.

De su fusión con los fenicios y caldeos de Cadmo, egipcios de Cecrops y frigios de Pelops, resultó un tipo especialísimo y único en la raza humana, por sus múltiples cualidades y aptitudes.

DIOSES Y LEYENDAS

Los griegos, como todos los pueblos de la antigüedad, con excepción del de Israel, perdieron la idea del verdadero Dios y, olvidando su culto, se dieron á una idolatría múltiple y antropomórfica; es decir, que no tributaban culto á un solo Dios, sino á muchos; y éstos, inventados por ellos, participaban de las cualidades de la humanidad y adolecían de sus defectos.

Los principales eran doce: Júpiter, padre de los dioses; Marte, dios de la guerra; Apolo (el Sol), de la poesía y la música; Mercurio del comercio; Juno, esposa de Júpiter; Minerva, diosa del saber; Venus de la belleza, Vulcano, Neptuno, Vesta, Ceres y Diana. Á estos dioses principales acompañaban otros menores, llamados semidioses.

La vida imaginaria de unos y otros forma el ciclo de leyendas griegas, siendo algunas de ellas ingeniosas y poéticas.

Enumeraremos las más interesantes: la de Deucalión, que es la confirmación pagana del diluvio bíblico: las de Prometeo, las de Cecrops, Cadmo y Pelops; la referente á los crímenes y desgracias de los Atridas; la de Edipo y sus hijos; las de Belerofonte, Hércules, Perseo y Teseo, y por último, la de la guerra de Troya, inmortalizada por Homero en su poema la *Iliada*.

GUERRA DE TROYA (Siglo XII a. de J. C.)

En las costas del Asia Menor, frente á la Grecia, se levantaba una poderosa ciudad llamada Troya, cuya grandeza tal vez había despertado celos en las nacientes ciudades griegas, que aprovecharon del rapto de Elena, esposa de Menelao, rey de Esparta, cometido por Paris, hijo de Príamo, rey de Troya, para acudir, á una, á vengar el ultraje hecho al honor conyugal, y destruir á la orgullosa rival. Todos los reyes de la Grecia primitiva acudieron al sitio de Troya, al mando de Agamenón, hermano de Menelao y rey de Micenas.

Homero, poetizando este memorable sitio, que duró diez años, ha entremezclado de tal modo la fábula y la realidad, que se hace ardua empresa desentrañar en su épico relato, los hechos verdaderos de los falsos.

Sin embargo, puede afirmarse, que después de repetidas proezas de una y otra parte, sólo la astucia griega pudo vencer al valor troyano. Los griegos fingieron retirarse dejando un gran caballo de madera, que fué introducido en la ciudad por los mismos troyanos. Los jefes griegos estaban ocultos en él. Protegidos por la noche, salieron de su escondite y abrieron las puertas de la ciudad á sus compañeros. El rey de Troya fué degollado, y la ciudad heroica destruída.

POEMAS DE HOMERO

Homero, cuya cuna se disputaron siete ciudades griegas, fué el mayor poeta profano de la antigüedad. Su poema la *Iliada* narra el fin del asedio de Troya por los griegos, especializándose en el enojo de Aquiles con Agamenón.

En la *Odisea*, narra las aventuras de Ulises, de regreso del sitio de Troya á su reino de Ítaca, y la fidelidad conyugal de Penélope.

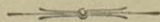
ORÁCULOS GRIEGOS

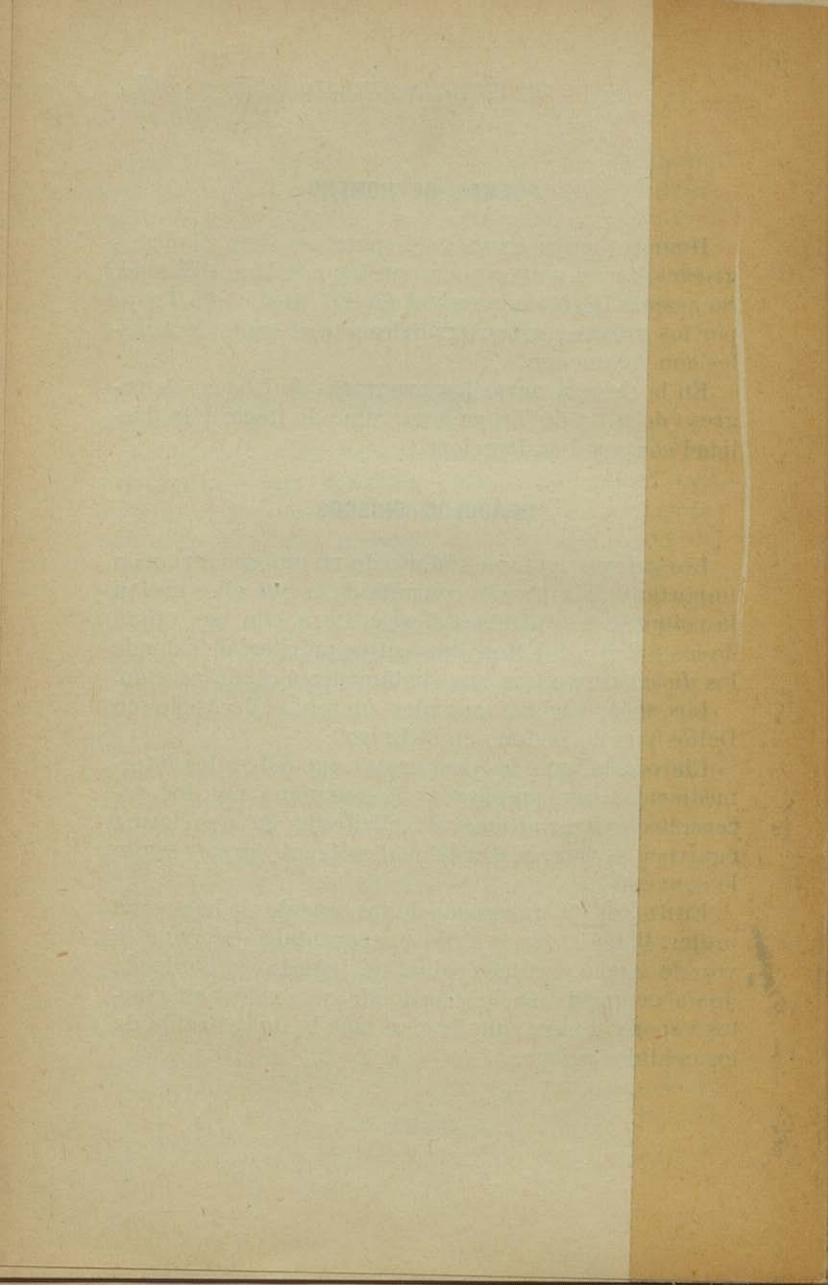
Los griegos tenían el hábito de no emprender nada importante, sin previa consulta de lo que ellos creían la voluntad de sus falsos dioses. Para ello, se valían de los oráculos. Éstos, eran sitios privilegiados donde los *dioses* trasmitían sus dictámenes á algún *poseído*.

Los más célebres oráculos fueron: el de Apolo en Delfos y el de Dodona en el Epiro.

Claro está que las respuestas que daban los intermediarios eran preparadas de antemano por los sacerdotes, y trasmitidas al solicitante en una forma equívoca y vaga, que cada cual solía interpretar según le convenía.

En Delfos, la trasmisión de los oráculos la hacía una mujer: llamábasela la Pitia, y aparentaba escuchar la voz de Apolo, sentada sobre un trípode, al borde de una abertura del suelo, por donde se exhalaban ciertos vapores densos, que herían más la imaginación de los crédulos griegos.





LECCIÓN SÉPTIMA

PROGRAMA : — Esparta.—Costumbres.—Reyes.—Senado
Éforos.—Licurgo.

ESPARTA — COSTUMBRES — REYES

Los espartanos eran dorios de origen, y sus reyes se decían descendientes de Hércules ó Heráclidas. Se apoderaron de la Laconia, venciendo al rey Tisamenes, y se establecieron en Esparta que era su capital. (*Siglo XI, antes de J. C.*)

Los laconios, vencidos, quedaron bajo la dominación de los dorios, sin derecho político alguno; y una parte de ellos que se sublevó, subyugada por segunda vez, fué reducida á la esclavitud. Estos fueron los *ilotas*.

Los espartanos eran ágiles y fuertes, de costumbres ásperas, sobrios y valientes, y de pocas palabras.

El gobierno de Esparta fué monárquico desde un principio, pero con la particularidad que gobernaban dos reyes á la vez, y en la mejor armonía. Dos eran las familias reinantes: la de los Euristenedes ó Agidas, que tomaba nombre de Euristenes ó

de su hijo Agis, y la de los Próclidas, que lo tomaba de Procles.

Los reyes de Esparta tenían poco poder, y sólo así se comprende que pudieran reinar dos á la vez.

SENADO — ÉFOROS

Los asuntos públicos estaban confiados al Senado, asamblea compuesta de veintiocho ancianos. Los reyes sólo tenían el mando del ejército y el cuidado de las leyes.

Cada luna nueva se reunían los ciudadanos en asamblea general y aprobaban ó rechazaban las leyes propuestas por el Senado.

Los éforos fueron instituídos cuando la guerra de Mesenia, en tiempo de los reyes Teopompo y Alcámenes.

Eran una especie de tribunos del pueblo, elegidos por él y entre él, con el objeto de refrenar los abusos de los reyes y el Senado. Al principio fueron un instrumento de esta asamblea; pero con el andar del tiempo adquirieron ilimitada autoridad: presidían las asambleas, declaraban las guerras, arreglaban los impuestos, censuraban la conducta de los reyes y podían imponerles penas.

LICURGO (siglo IX a. de J. C.)

Licurgo era hijo del rey Eunomos. Á la muerte de su hermano, el rey Polidectes, la reina le ofreció matar á su hijo Carilao, para dejarle libre el camino del trono, con tal que se casara con ella. Supo engañarla con astucia, salvó al heredero de su hermano y regentó á Esparta durante su minoridad. Pero lo estricto de su gobierno descontentó á los magnates, que le obligaron á expatriarse.

Diez y ocho años estuvo ausente, durante los cuales viajó y se instruyó.

A su regreso, encontró á Esparta agitada por disensiones intestinas. El pueblo le aclamó con júbilo, y le pidió que reformara sus leyes. Licurgo aceptó, haciéndose proclamar antes, por la pitonisa de Delfos, hijo de Júpiter, para tener mayor autoridad y prestigio sobre el pueblo.

Las leyes que Licurgo dió á su patria eran en extremo severas, pues la idea principal del legislador fué hacer soldados de los espartanos, en vista de que estaban rodeados de enemigos.

Los ejercicios gimnásticos y militares eran de obligación: abolió la moneda de oro y estableció una pesadísima de hierro para desterrar el lujo. Con el mismo objeto dispuso que la comida se hiciera en común, y los mismos reyes tenían que asistir á ella. Las mujeres también eran educadas en ejercicios varoniles y sólo se les inculcaba el amor á la patria. Las leyes de Licurgo eran severas, pero inmorales é irracionales en mucho: con ellas no había familia posible; se autorizaba á los padres á deshacerse de los hijos deformes y se enseñaba á los jóvenes el robo y la astucia, y se prohibía el trabajo.

Licurgo, además, dividió las propiedades en tantas partes como espartanos había, y prohibió que se vendieran los terrenos, para que así, ningún rico acumulara tierras. Después de aceptadas sus leyes, hizo jurar á los magistrados y á los espartanos que las observarían hasta su vuelta y emprendió viaje, dejándose morir de hambre en Delfos, para que así los lacedemonios no violaran nunca las leyes que les había dado.

Esparta se hizo fuerte. Venció á los mesenios en dos guerras (años 724 y 668 a. de J. C.), y conquistó la mayor parte del Peloponeso.

AYATU RUMI

LECCIÓN OCTAVA

**PROGRAMA:—Atenas.—Costumbres.—Reyes.—Arcontes.—
Areópago.—Solón, Pisístrato, Clístenes.**

ATENAS—COSTUMBRES—REYES—ARCONTES

Esta ciudad fué fundada en el Ática, por Cecrops, y sus primitivos habitantes se distinguieron por su ignorancia y mala fe en el comercio, lo que les permitió levantar grandes ejércitos.

Al principio se gobernó por reyes, entre los que se distinguen Egeo y Teseo, su hijo, que murió en el destierro después de haber realizado hazañas, que han llegado hasta nosotros abultadas por la leyenda y desfiguradas por la fábula.

Los atenienses, sin embargo, se fueron refinando rápidamente, de tal manera que parece que en ellos se condensara toda la civilización de la Grecia; lo que es indudable es que ellos fueron sus primeros iniciadores. Valerosos, inteligentes, amigos de la ciencia y de las artes, y dotados del exquisito don del buen gusto, á ellos más que á otros les convienen estas palabras de *E. Curtius*, refiriéndose en

BIBLIOTECA POPULAR

CONSEJO ESCOLAR 6º

general á la raza griega: «La medida era el rasgo característico de los griegos, hasta en su constitución física. Su estatura, rara vez sobresalía de la altura media, y rara vez también se veía entre ellos cuerpos excesivamente gruesos. Ninguna otra raza humana estaba más exenta que ésta, de todo cuanto impide ó retarda la actividad del espíritu.»

Después de Teseo, reinaron muchos otros reyes, cuya historia es incierta ó desconocida.

Cuando los dorios se apoderaron del Peloponeso, los etolios huyeron al Ática, y uno de sus jefes principales, Melantos, se apoderó del trono de Atenas, derrocando á los sucesores de Teseo.

El último rey de Atenas fué Codro, hijo de Melantos. Este monarca, después de haberles gobernado sabiamente, sacrificó su vida en una batalla contra los dorios, que pretendían apoderarse de la Ática para dar la victoria á su pueblo. Los atenienses entonces tomaron la resolución de no tener más reyes en la seguridad de no encontrar otro que fuera mejor que Codro. Abolieron la monarquía y fundaron el *Arcontado*, siendo los primeros *arcontes* nombrados en la familia de Codro. Estos magistrados tuvieron el poder por diez años; luego se redujo á un año su período, y, en vez de uno, se elegían nueve, pero siempre de entre la nobleza.

EL AREÓPAGO

El areópago era, al mismo tiempo que un tribunal supremo, un supremo senado. Su autoridad estaba por encima de la de todos los magistrados y tenía su asiento en una colonia que se llamaba de Arés, de donde le viene el nombre. Formaban este cuerpo todos los que, habiendo sido arcontes, no habían me-

recido reproche alguno en el desempeño de su cargo, y les estaba encomendado el cuidado de la ley, con facultad de imponer penas y multas á los ciudadanos que la infringieran. Á estas prerrogativas, Solón, que, como veremos más adelante, favoreció al pueblo contribuyendo poderosamente al establecimiento de la democracia, agregó la de poder juzgar y castigar toda tentativa dirigida á destruirla.

SOLÓN

Las primeras leyes escritas de los atenienses fueron las del arconte Dracón (siglo VII a. de J. C.), pero tan sanguinarias, que no se pudieron poner en práctica.

Solón, descendiente de Codro, dictó algún tiempo después (594) otras más adaptadas á las necesidades de su patria.

El pueblo de Atenas era muy novelero, y Solón, que le conocía, trató de hacerse popular reconquistando á Salamina, que los megarenses habían quitado á Atenas; con esto creció su fama. Á más de valiente y hábil general, era Solón poeta y sabio, lo que no le había impedido dedicarse al comercio, por lo cual viajó y observó mucho.

Prodújose un conflicto entre acreedores y deudores, que amenazaba degenerar en guerra civil, y Solón, con una hábil medida, contentó á todos. Exhortáronle algunos amigos, al ver su fama, á que se hiciese rey; pero él sólo admitió la dignidad de arconte, y organizó el gobierno y dotó á su patria de leyes, si no las mejores, como él mismo dijo, por lo menos más razonables y ciertas que las de Licurgo, aunque en muchas de ellas se hace sentir la falta de moralidad

inherente al paganismo. Sin embargo, Solón protegió la familia, la ciencia y el trabajo, estableció la democracia dando ingerencia al pueblo en los asuntos públicos, é hizo de su patria, al contrario del legislador de Esparta, un pueblo culto.

PISÍSTRATO — CLÍSTENES

Sin embargo, sus leyes no bastaron para aquietar las dos fracciones que se disputaban el gobierno de los asuntos; los ricos y los pobres, los grandes y los pequeños, los aristócratas y los demócratas.

Pisístrato, primo de Solón, hombre inteligente y ambicioso, ayudado por los grandes, se hace dueño del poder y reina en Atenas, con gran pena de Solón, que se destierra voluntariamente, por no ver su patria en poder de un tirano.

Pisístrato fué, con todo, muy progresista y enemigo de toda violencia. Protegió las artes y las letras y se le debe el que fueran manuscritos por primera vez los poemas de Homero, hasta entonces sólo conservados á viva voz, por los rapsodas ó cantores vagabundos de la Grecia.

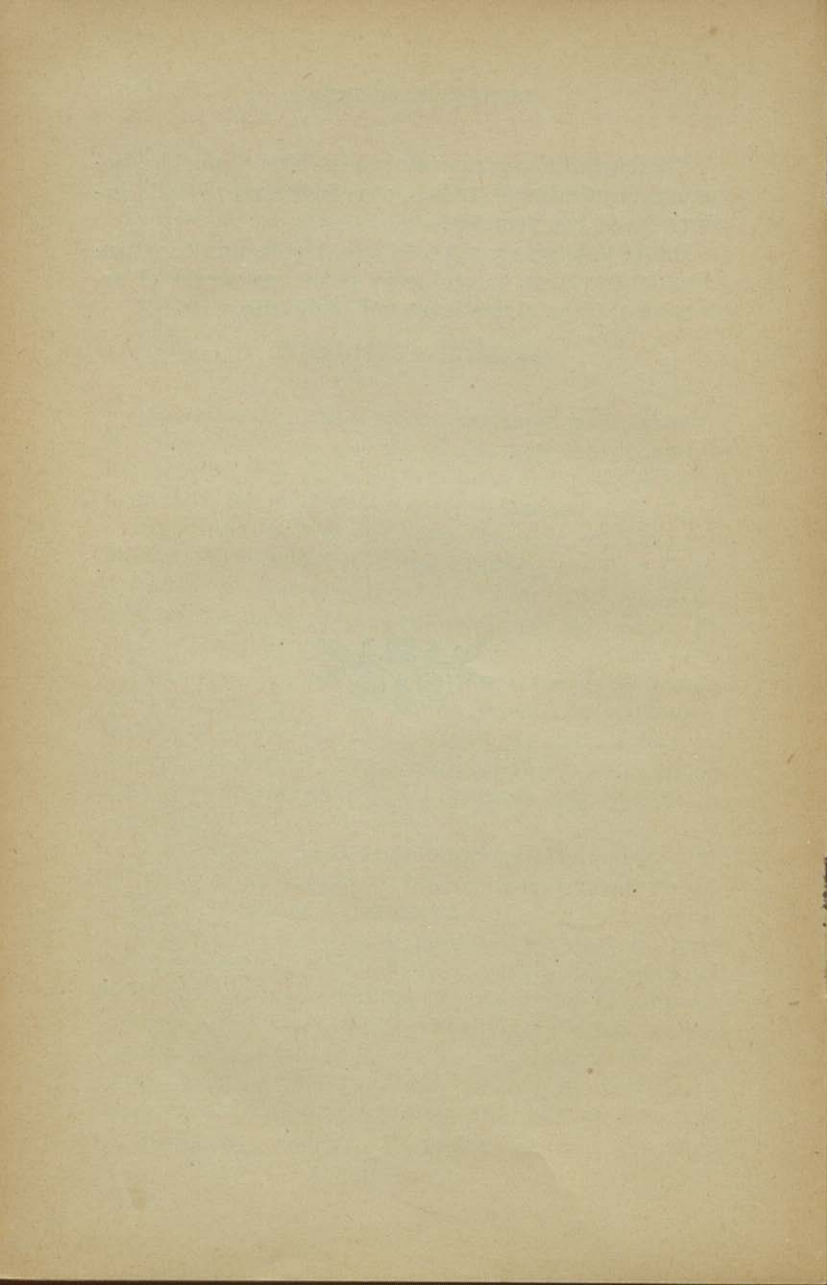
A Pisístrato sucedieron en el poder sus hijos Hiparco é Hippias, contra los cuales tramaron una conjuración Aristogitón y Harmodio.

Hiparco fué asesinado, pero Hippias, que se libró del puñal, se hizo desconfiado y cruel. Entonces los alcmeónidas, descendientes de una de las principales familias de Atenas, se aprovecharon del odio que se captaba Hippias con su conducta, y le derrocaron. Clístenes, jefe de esta familia, obtuvo el arcontado, después de disputarlo á Iságoras, jefe de los aristócratas (508).

Clístenes dió una nueva organización al pueblo, aumentó el número de tribus y las independizó de la influencia de los grandes.

Dió al gobierno y al pueblo de Atenas una constitución democrática, y estableció para protegerla el *ostracismo*, ó sea el destierro por plebiscito.





LECCIÓN NOVENA

**PROGRAMA:—Guerras médicas.—Batalla de Maratón.—
Milcíades.—Salamina.—Platea.—Temístocles.—Cimón.**

GUERRAS MÉDICAS

Los griegos, aunque divididos en pequeños estados independientes, y rehacios para fundirse en un solo gran imperio, conservaban siempre el lazo de parentesco que los unía, aun con las colonias que, después de la guerra de Troya, se habían establecido en el Asia Menor.

Ahora bien, Darío, rey de Persia, las había subyugado y puesto en ellas tiranos que las vejaban y oprimían. Uno de ellos, Aristágoras, tirano de Mileto, se rebeló contra el rey y buscó apoyo en Grecia. Esparta se lo negó, pero dióle recursos y bajeles Atenas, á quien el persa había querido humillar, imponiéndole el tributo de la tierra y el agua, y contrariado, admitiendo á Hipías, ex tirano refugiado en Persia, donde atizaba al monarca contra su propia patria.

Con estos recursos, los griegos del Asia tomaron la ciudad de Sardis en Lidia. Darío entonces juró ven-

garse de los atenienses y mandó una expedición contra ellos, al mando de Mardonio, su yerno. Pero su ejército fué derrotado y diezmado al atravesar la Tracia y su flota fué deshecha por una tormenta.

Envió entonces el vengativo rey una segunda expedición al mando de Artafernes; en ella también venía el ex rey de Atenas, Hippias, sediento de venganza.

BATALLA DE MARATÓN — MILCÍADES

Ciento diez mil hombres desembarcaron en el Ática y acamparon en la llanura de Maratón. Los atenienses no tenían más que once mil hombres, diez mil de Atenas y mil que había enviado la ciudad de Platea, única ciudad de Grecia que envió algún contingente, pues los espartanos, por supersticiones ó pretextos, no acudieron á tiempo. Pero los once mil hombres, al mando de Milcíades, bastaron para derrotar en aquella celeberrima llanura de Maratón, á los ciento diez mil persas de Artafernes (490). El ejército del déspota fué deshecho, y su flota, al ver el desastre, regresó á Asia.

Milcíades, el vencedor heroico, pasó en seguida á castigar á los habitantes de Paros, que se habían sometido á los persas. Fué derrotado y los atenienses tuvieron la ingratitud de olvidar la victoria de Maratón con la derrota de Paros: le acusaron de haber malgastado el tesoro público y haber causado inútilmente la muerte de muchos atenienses; lo encarcelaron y murió en la prisión al poco tiempo, de resultas de una herida.

SALAMINA — TEMÍSTOCLES

Otros dos generales, Arístides y Temístocles, le reemplazaron en la organización de la defensa; pero Temístocles, envidioso de Arístides, le hizo desterrar.

No obstante eso, Temístocles era un habilísimo guerrero, y comprendió que la defensa de la Grecia, en caso de otra invasión, estaba en el mar, y trató constantemente de acrecentar la flota de Atenas.

Así sucedió. No tardó Jerjes, hijo de Darío, en pasar él mismo á Grecia, al frente de más de tres millones de hombres.

Á esta expedición formidable opusieron Esparta y Atenas, y otras ciudades menores. Un rey de Esparta, Leonidas, muere con trescientos espartanos, defendiendo el desfiladero de las Termópilas, lo que abre á Jerjes el paso de la Grecia; pero el genio de Temístocles obliga al persa á dar la batalla naval de Salamina, y las naves de Atenas, ligeras y bien armadas, baten y sumergen á las pesadas naves de los persas (480).

Jerjes, espantado, se vuelve con el resto de sus gentes, dejando á Mardonio, su cuñado, el cuidado de proseguir la campaña al frente de trescientos mil hombres, que fueron nuevamente deshechos al siguiente año por los griegos en los campos de Platea (479). Sólo cuarenta mil, de los trescientos mil persas, sobrevivieron.

En el mismo día vencía la flota griega en las aguas de Micala al resto de la armada de Jerjes. Arístides, después de estas victorias, hizo aceptar un decreto que solidificaba la liga de Atenas con las demás ciudades aliadas, obligándolas á contribuir al armamento y sostén del ejército.

CIMÓN

Después de Arístides y Temístocles, preséntase en la historia de Atenas la simpática figura de Cimón, hijo de Milcíades.

Educado por Arístides, participó de sus sentimientos de justicia y desinterés, al mismo tiempo

que heredaba el heroico valor del vencedor de Maratón.

Ya en Salamina comenzó á distinguirse por sus hechos de armas y su acción política, contribuyendo al destierro de Temístocles. Este general, que había prestado tantos servicios á su patria, y que los había coronado, por decirlo así, afianzando su poder marítimo, reconstruyendo sus muros, y dotándola de un magnífico puerto, el Pireo, se hizo antipático á los atenienses por su jactancia, y afeó sus hazañas con su poca moralidad y sus rapiñas.

Aplicáronle entonces los atenienses el ostracismo, y tuvo que salir desterrado de su patria, como por iniciativa de él, salió años antes Arístides.

Pero Arístides volvió antes del fin de su destierro y combatió heroicamente en Salamina: sus virtudes hicieron olvidar al pueblo la injusta sentencia. Temístocles, en cambio, murió olvidado en la corte del rey de Persia, donde se refugió.

Los atenienses no cejaban en su acción constante contra el rey de Persia. Cimón, sin embargo, notó que no procedían así los aliados, á quienes comenzaba á cansar la incesante lucha.

Propuso entonces á los aliados que, en vez de contribuir con hombres, lo hiciesen con dinero, y que Atenas continuara, por su cuenta, la guerra en bien de todos. Aceptaron los aliados, y Atenas dió á Cimón el mando de sus fuerzas.

Éste arrojó á los persas de sus posesiones en la Tracia, en la Caria y en la Licia, y les destruyó una flota; conquistó la isla de Skyros y acabó con los piratas del mar Egeo.

Pero Atenas era novelera, olvidadiza é ingrata: Cimón, aunque ateniense acendrado, era jefe del partido aristocrático y admiraba á los espartanos.

Sublevados los mesenios contra ellos, Cimón hace que Atenas envíe á Esparta un contingente de hombres. Los éforos, altaneros y brutales, rechazan á sus generosos auxiliares, y Atenas, instigada por los jefes populares, venga tal injuria castigando á Cimón con el ostracismo (461).

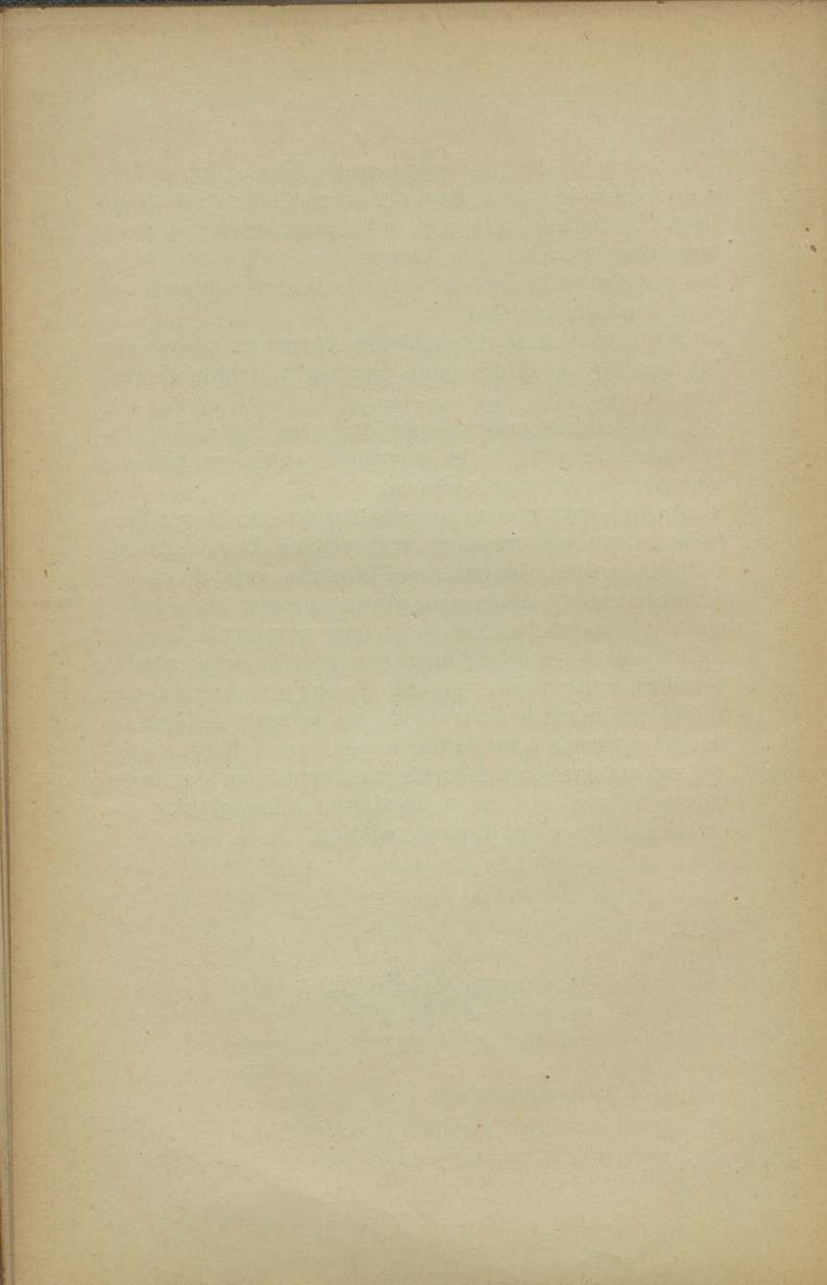
Ocho años después, trabada Atenas en guerra con los beocios, le llama para ponerle al frente de sus tropas.

Cimón inicia nuevamente la guerra contra los persas, pero la muerte le sorprende antes que pudiera ejecutar sus atrevidos planes.

Sin embargo, con su muerte terminaron las guerras médicas, pues al conducir sus restos á Atenas, se encuentra la flota ateniense con la persa y la destruye; desembarcan y dispersan gloriosamente un ejército enemigo, apostado en la costa para sorprenderlos.

Después de estas acciones, el rey persa, desalentado, firmó un vergonzoso convenio de paz con Atenas, por el que reconocía la libertad de los griegos de Asia, y se comprometía á no enviar naves al mar Egeo. Atenas, por su parte, no llevaría sus armas á los dominios persas ni ayudaría, en modo alguno, á los egipcios sometidos al yugo del déspota asiático.





LECCIÓN DÉCIMA

PROGRAMA:—Supremacía de Atenas.—Pericles.—Constitución de la democracia.—Costumbres, artes y letras.—El teatro.—Fiestas y asambleas.—Los historiadores.—La escultura y la arquitectura.—Guerra del Peloponneso: causas, períodos.

SUPREMACÍA DE ATENAS

Después de la celebración de dicho tratado, se afianzó por completo el poder de Atenas y, á pesar de los celos de Esparta, dominó directa ó indirectamente á la mayor parte de los pueblos de raza helénica.

PERICLES

Pericles, hijo de Jantipo, vencedor en Micala, fué el primer hombre que legó su nombre al siglo en que vivió. Fué varón de habilidad y de talento, y gobernó á Atenas apoyándose en el pueblo, mientras que su rival Cimón, de quien supo deshacerse por el ostracismo, se apoyaba en la nobleza.

Pericles, á más de hábil general, fué consumado político.

Instruido y elocuente, se valió de la palabra para captarse la simpatía del pueblo.

Mientras que Cimón, que no tenía cualidades de orador, vivió, predominó en Atenas el partido aristocrático de que era jefe, sostenido por sus victorias.

Muerto éste, Pericles, que se había captado la voluntad del pueblo por su talento, frugalidad y aparente desinterés, llegó á ser dueño de Atenas durante veinte años (449 á 429), sin tener más título que el de simple *estratega* ó general, que condividía con nueve compañeros más.

CONSTITUCIÓN DE LA DEMOCRACIA — ASAMBLEAS — COSTUMBRES

Con el gobierno de Pericles se consolidó la democracia, tan querida de los atenienses, y tomó una constitución definitiva, basada en la soberanía del pueblo, ejercida directamente por él mismo.

Todo ciudadano tiene derecho de formar parte de la asamblea y del consejo; todo ciudadano puede proponer nuevas leyes que, previo examen del consejo, pasan á la votación de la asamblea.

En tiempo de Pericles ganó importancia el tribunal popular de los *heliostas*, equivalente á nuestro *jurado*, y la perdió el areópago.

Como el número de magistrados era muy grande, el Estado obligaba á los ricos á costear, por contribución, ciertos gastos de utilidad ó diversión pública.

La igualdad de derechos más completa reinaba, sin embargo, en Atenas, y tan ateniense era el habitante de la ciudad como el de la campaña.

Todos condividían los mismos trabajos: las cargas

en la guerra y los frutos en la paz; y tomaban igual participación en las fiestas públicas, que siempre tenían carácter religioso.

FIESTAS

Las principales fiestas eran las *Panatenneas*, que tenían lugar cada cinco años, dedicadas á Palas, Atenea ó Minerva, y las varias dedicadas á Baco (Dionisiácas), importantes por haber surgido de ellas el teatro.

Además de estas fiestas particulares á Atenas, mencionaremos de paso los célebres juegos propios del pueblo griego, que se celebraban en otras ciudades y contribuían á conservar la unidad de aquel compuesto de pequeñas naciones independientes, sólo vinculadas por la raza.

Eran éstos los *istmicos* que se celebraban en Corinto, los *nemeos* en la Argólide, los *píticos* en Delfos y los *olímpicos* en Olimpia, celebrados cada cuatro años y tan famosos, que de su establecimiento (776 a. de J. C.) data la cronología cierta de la Grecia, contándose el tiempo por olimpiadas ó períodos de cuatro años.

Estos juegos, eran certámenes de carreras á pie, de carros y de caballos, de lucha y de pugilato, sin excluir los de música y poesía. Al vencedor se le premiaba con una corona de laurel silvestre; pero lo sencillo del premio, centuplicaba su valor, y los vencedores de los juegos olímpicos podían llamarse grandes de Grecia.

Además de estas fiestas de carácter nacional, debemos citar otra institución, esencialmente griega: la *anflictionia*.

Entendíase bajo este nombre la confederación de

pueblos vecinos que, en cierta época del año, mandaban sus diputados á un punto determinado á celebrar fiestas religiosas y tomar determinaciones de interés general.

Muchas *anfitionias* había en Grecia, siendo las principales las de Delfos, Tesalia, Orcomeno y Delos.

EL TEATRO — ARTES Y LETRAS — HISTORIADORES — ESCULTURA Y ARQUITECTURA

Hemos dicho que de las fiestas báquicas surgió el teatro griego. Los cantos dialogados que en ellas se usaban dieron pábulo á Tespis para idear escenas interpretadas por un actor y el coro. Perfeccionó este género de composiciones Esquilo, creando la tragedia y llevándola de golpe á un grado de perfección, tal vez no superado después por sus rivales del tiempo de Pericles, Sófocles y Eurípides.

Florecieron también en su tiempo escultores como Fidias y sus discípulos Ictino y Calícrates, los arquitectos que construyeron el Partenón; Calímaco, que inventó el orden corintio; Herodoto, historiador; Liasias, el orador; Hipócrates, el padre de la medicina; Zeuxis, el pintor, y los filósofos Anaxágoras y Sócrates.

GUERRA DEL PELOPONESO — CAUSAS — PERÍODOS

Pericles hizo cimentar la grandeza y el poder de Atenas, haciendo creer en su fuerza extraordinaria de tal modo, que catorce mil hombres, como eran los atenienses, dominaban á unos diez y ocho millones de tributarios y aliados.

Bajo su dominio estalló la célebre guerra del Peloponeso, que duró treinta años y concluyó con la supremacía de Atenas. Esta guerra fué ocasionada en parte por la resistencia de las ciudades de la liga á enviar los recursos y subsidios á que se habían comprometido, en tiempo de Arístides, para el sostén del ejército, y en parte por los celos de los lacedemonios, al ver que Atenas, destruída por los persas, enfurecidos con las derrotas de Platea y Micala, volvía á levantarse más bella y floreciente. Esparta sintió envidia y quiso destruir á Atenas, y lo logró después de treinta años de lucha casi incesante, en los que sólo, después de nueve ó diez años, hubo una tregua.

En esta guerra se distinguió Alcibíades, valiente general, pero tan corrompido y vengativo, que se pasó, por vengarse de su propia patria, al lado de los espartanos y los llevó contra ella.

En los primeros años de ella, murió Pericles, atacado de una peste que afligió á Atenas.

Los períodos en que se divide esta célebre contienda, son dos;

Primero: Desde la querella de Corinto contra Corcira, en que tomaron parte los espartanos por la primera, y los atenienses por la segunda, guerra de correrías y devastaciones, hasta la paz celebrada por Nicias, general ateniense, después de la muerte de Cleón, en el ataque de Anfípolis (451 á 421).

Segundo: Desde la expedición de Siracusa, aconsejada por Alcibíades, en que fueron derrotados por completo los atenienses, hasta la destrucción de Atenas por Lisandro.

Estos fueron los desastres mayores que sufrieron los atenienses: la derrota de su flota y ejército en Siracusa y la de Egos-Pótamos, en que su imperio marítimo fué totalmente destruído por Lisandro y sus

espartanos, aunque éstos no tuvieron más mérito que el de sorprender dispersos á los atenienses, y hacer en ellos una carnicería. Con esto quedó por completo arruinada Atenas, y los espartanos destruyeron sus murallas en el año 404 a. de J. C., le prohibieron armar más de doce naves y le impusieron un gobierno de treinta arcontes, que degeneraron en tiranos.



LECCIÓN UNDÉCIMA

PROGRAMA:—Supremacía de Esparta.—Ciro y la retirada de los diez mil.—Agesilao.—Tratado de Antalcidas.—Tebas.—Epaminondas.—Supremacía tebana.

SUPREMACÍA DE ESPARTA

El triunfo en la guerra del Peloponeso, dió á Esparta la supremacía sobre los pueblos de la Grecia. Sin embargo, si éstos tuvieron motivos de queja de los atenienses, mayores los iban á tener de los espartanos, cuya manera de dominar era más cruel y despótica que la de los demócratas de Atenas.

En todas las ciudades de Grecia establecieron ciertos magistrados especiales, llamados *harmostas*, cuya intervención en los asuntos no tardó en degenerar en terrible tiranía.

CIRO Y LA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL

Los treinta años de guerra peloponésica habían acostumbrado á la mayor parte de los griegos á la vida azarosa de las armas. Terminada ésta, gran

número de ellos, rehacios á cualquier otra ocupación, no habiendo más discordias en Grecia, se ofrecieron como mercenarios al hermano del rey Artajerjes, Ciro el Joven, que pretendía derribarle del trono de Persia.

Este príncipe reunió un ejército de cien mil bárbaros asiáticos, al que dió nervio y brío, con un contingente de trece mil veteranos griegos.

La batalla de Cunaxa (401), en la que se chocaron las fuerzas de ambos hermanos, fué gloriosa para los mercenarios, que dispersaron el gran ejército de Artajerjes. Pero Ciro el Joven fué muerto en la batalla, y mientras las desbandadas tropas del uno huían hacia Babilonia, despavoridas, las del otro se dispersaban con incierto rumbo, guiadas á ciegas por el terror.

Sólo los griegos permanecieron firmes en su puesto, dueños, sin provecho, del campo de batalla. Clearco, general espartano, tomó la dirección de aquel ejército de bravos, y emprendió el viaje de regreso á la patria, á través de regiones desconocidas, atravesando desiertos, trepando montañas, vadeando ríos, y luchando constantemente con los persas enemigos.

El sátrapa Tisafernes se vale de la traición y deja sin jefes á aquel ejército de bravos. Surge entonces Jenofonte, simple soldado ateniense, que, en medio del descorazonamiento de sus compañeros, halla palabras para infundirles aliento; hace elegir nuevos generales y toma la dirección de la penosa marcha, luchando de nuevo, con igual constancia, con los montañeses de los Carducos, las nieves de la Armenia, el hambre y las enfermedades de la tropa. Por fin, con una pérdida de mil cuatrocientos hombres, llega aquel heroico ejército, después de haber recorrido seiscientas leguas, á la ciudad griega de Crisópolis, donde termina la

gloriosa expedición entre los transportes de júbilo de los invencibles mercenarios.

Jenofonte, que fué luego uno de los más notables escritores griegos, narró esta famosa retirada en su *Anabasis*.

AGESILAO—TRATADO DE ANTALCIDAS

Los persas dejaron caer sus manos sobre las ciudades griegas del Asia Menor, que habían tomado parte por Ciro. Esparta envió sus ejércitos para defenderlas, y puso á Agesilao al frente de ellos.

Era éste un hombre cojo y de figura ruín, que el rey Lisandro se había hecho elegir por colega, con esperanza de manejarlo á su antojo. Pero resultó que, bajo aquella pobre envoltura humana, había un gran general y un político sagaz.

Agesilao pasó al Asia, venció á Tisafernes, y luego pretendió dirigirse á Babilonia á derribar al rey. Pero éste, aprovechándose del odio que Esparta se había conquistado en los demás pueblos de Grecia, por su codicia y despotismo, compró algunos oradores de Tebas, Corinto y Argos, y logró realizar una liga de ciudades griegas contra Esparta. Entraron en ella: Tebas, que la encabezaba, Atenas, Argos y Corinto.

En la primera batalla que dieron fué muerto el rey Lisandro. Esparta, atemorizada, llamó á Agesilao, que contra todo su gusto desistió de la expedición á Babilonia y acudió en auxilio de su patria.

Con la llegada de este general vencieron los espartanos, en la batalla de Coronea; pero Conón, jefe de la flota de los aliados, les disputó ventajosamente la supremacía marítima.

Apresuráronse entonces los iacedemonios á hacer la paz, y Atenas les secundó.

Envióse como embajador á Antalcidas, á la corte del rey de Persia, donde se firmó un tratado de paz que llevó su nombre, por el cual se pacificaba la Grecia, y se dejaba tranquilo al déspota del Asia, con gran provecho de los espartanos.

TEBAS—EPAMINONDAS—SUPREMACÍA TEBANA

Los espartanos, envalentonados con sus triunfos, se apoderaron injusta y traidoramente de la Cadmea, ciudadela de Tebas, y prestaron apoyo á los jefes de la aristocracia tebana, uno de los cuales, Leontíades, les había hecho dueños de la ciudadela, traicionando á su patria.

Este y su compañero Arquías abusaron de tal modo del poder y tanta sangre derramaron, que entre los expatriados tebanos, asilados en Atenas, se fraguó una conspiración, encabezada por Pelópidas y Epaminondas, para concluir con la vergonzosa tiranía de Tebas.

Derribados y muertos los tiranos, expulsó Pelópidas á los espartanos de la Cadmea. La guerra entre Esparta y Tebas había dado principio. Pelópidas estableció el batallón sagrado, invencible cuerpo compuesto de hombres enardecidos por el amor á la patria y unidos por la amistad.

Pelópidas, venciendo á Esparta en las batallas de Orcomeno y Tegira, dió principio á la supremacía de Tebas; Epaminondas debía llevarla á su apogeo.

Esparta pretendió apoderarse nuevamente de la Cadmea y mandó para ello á Cleombroto con once mil hombres; los tebanos eran solo seis mil, pero entre ellos estaba Pelópidas con su batallón sagrado; los mandaba como jefe Epaminondas.

Era éste un hombre valeroso y austero, de familia noble y escaso patrimonio. Desinteresado, prudente,

de carácter firme, y alma generosa y amante de su patria.

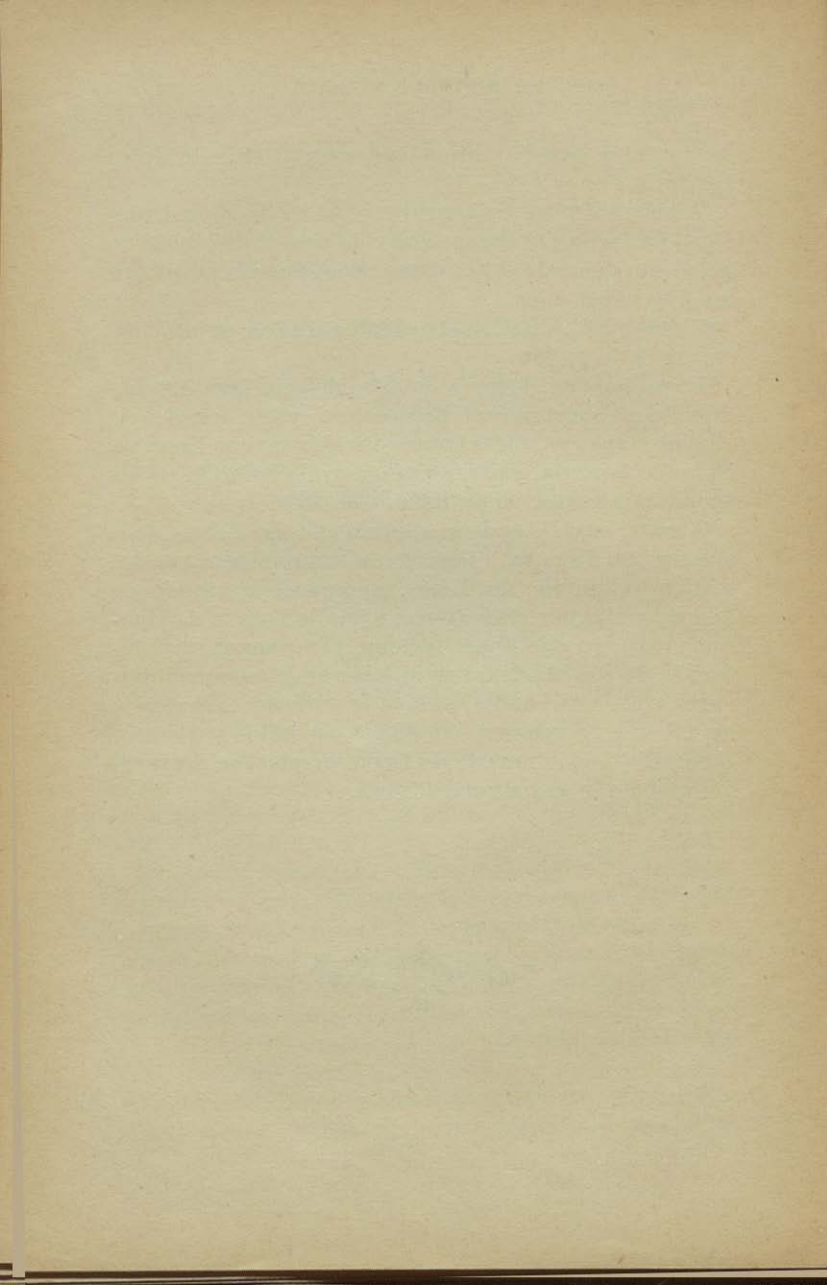
Ambos ejércitos encontráronse en el llano de Leuctra. La lucha fué encarnizada; de una y otra parte se peleó con denuedo y heroísmo. Epaminondas destrozó las filas espartanas.

Cleombroto y mil cuatrocientos de los suyos murieron en la acción.

Epaminondas, después de esta victoria, que arrebató á los espartanos el predominio sobre las demás ciudades griegas, fué á poner sitio á la misma Esparta. No pudo tomarla, sin embargo, pero la humilló reedificando á Mesena, su antigua rival (369).

Atenas, envidiosa de la supremacía de Tebas, hace alianza con Esparta. Pero es en vano: Epaminondas sostiene el honor de Tebas, que puede gozar de su triunfo y algunos años de paz hasta la batalla de Mantinea (362), en que Epaminondas, por vengar una defección de sus aliados, volvió á llevar la guerra á Esparta. En esta batalla, si bien la victoria favoreció á los tebanos, perdieron en ella á su hábil y heroico general. Con la muerte de Epaminondas, se derrumbó también la grandeza de Tebas.





LECCIÓN DUODÉCIMA

PROGRAMA:—Supremacía de Macedonia.—Filipo.—Demóstenes.—Batalla de Queronea.—Alejandro.—Conquista del Asia.—Los filósofos y sabios griegos.—Sucesores de Alejandro.—Los Tolomeos.

SUPREMACÍA DE MACEDONIA—FILIPO—DEMÓSTENES BATALLA DE QUERONEA

Mientras luchaban los griegos de la Beocia, el Ática y el príncipe Filipo de Macedonia, en la parte septentrional de la Grecia, combatían al lado de Pelópidas contra Esparta. Este hombre, de observación y de carácter, comprendió, en esa guerra, lo que puede el esfuerzo del valor y de la voluntad, y viendo el desquicio de la Grecia meridional, pensó que era el momento oportuno para engrandecer á su patria y extender su dominio. Regresó, pues, Filipo á Macedonia, se hizo declarar rey, y restableció primero el orden interior del reino, organizándolo militarmente y estableciendo la célebre falange.

Después intervino en una guerra que se llamó sagrada, en la Grecia meridional y combatió á los ate-

nieses, que más que con las armas le atacaban con la lengua de Demóstenes, el célebre orador. Pero ni las *Filípicas* de éste ni las *Olintias*, pudieron contra el rey de Macedonia, que extendió los dominios de su reino hasta el Danubio y venció por completo á los atenienses y tebanos juntos en la batalla de Queronea. Después de esto se hizo nombrar generalísimo de los griegos é iba á llevar la guerra contra los persas, cuando fué asesinado, á instigación de los persas, por un patricio macedonio llamado Pausanias, que tenía resentimientos personales contra él (336 ant. de J. C.).

ALEJANDRO—CONQUISTA DEL ASIA—SUCESORES DE ALEJANDRO—LOS TOLOMEOS

Este joven príncipe tuvo por maestro á su padre Filipo, á Aristóteles y á Homero. El primero le enseñó la estrategia militar; filosofía y ciencia, el segundo; y en los poemas del último aprendió á amar la gloria. Desde niño dió muestras de ser valiente y generoso, y sobresalía en todos los ejercicios gimnásticos y atléticos. Subió al trono á los veinte años y su primer empresa fué la de someter de nuevo á los pueblos danubianos, recién conquistados por su padre y sublevados á su muerte. Mientras se hallaba ocupado en ello tuvo noticias de que Demóstenes agitaba á Atenas y la Grecia en contra de él. Inmediatamente, regresa y escarmienta á los griegos ensoberbecidos, destruyendo á Tebas: seis mil habitantes de ella fueron muertos y treinta mil vendidos como esclavos: de sus casas, solo una se libró de ser arrasada, y ésta fué la del poeta Píndaro. En seguida, pasó á Corinto y, convocando una asamblea general de todos los pueblos helenos, se hizo nombrar generalísimo de los

griegos y se aprestó á llevar la expedición contra Darío Codomano, rey de los persas. Desembarca en el Asia Menor y, á orillas del Gránico, derrota cien mil persas y se apodera de todas las ciudades marítimas del Asia Menor. Darío, sabedor de estos desastres, acude con un ejército de 400.000 infantes y 100.000 jinetes: sá-lele al encuentro Alejandro, le derrota en Iso, en los confines de la Siria, y desdeñando perseguir al déspota, sitia y toma á Tiro. De allí pasa á Egipto y funda sobre el Mediterráneo la ciudad de Alejandría, en situación tan acertada, que no tardó en ser el centro del comercio del mundo.

Después de despojar al persa de sus ciudades marítimas y cerrar el paso á los griegos mercenarios, rehizo lo andado, atravesó el Eufrates y el Tigris, y hallando al ejército persa en la llanura de Arbela, lo derrotó completamente y ocupó todas las ciudades más importantes del imperio de Darío: Susa, Babilonia, Persépolis y Pasargada. Toda la parte meridional del imperio había caído en su poder: faltaba el resto y se dirigió hacia el norte para atacar á Darío, refugiado en Ecbatana. Pero cuando él llegó, Darío había evacuado la ciudad, hacía ocho días. Salió en su seguimiento, pero sin esperanza de alcanzarle, cuando le avisaron que Beso, sátrapa de la Bactriana, se había apoderado del rey y le llevaba cautivo. Sigue el macedonio su marcha, y Beso, á punto de ser alcanzado, degüella á Darío y huye abandonando su cadáver.

La campaña del norte del imperio duró dos años: fundó ciudades, sofocó rebeliones, amedrentó á los escitas y se apoderó de fortalezas tan inexpugnables como la de la Roca Sogdiana. En ella encontró á la hija de un magnate persa, llamada Roxana, y se casó con ella.

Alejandro, por donde quiera que pasaba, iba celebran-

do alianzas entre sus gentes y los vencidos; y él mismo, como hemos visto, dió el ejemplo. De esa manera se acallaban los odios y se solidificaba la conquista.

Después de subyugar á la Bactriana se dirigió á la India. El rey Poro le aguardaba con todo su ejército, pero fué vencido á orillas del Hidaspes. Llevado á su presencia este príncipe, preguntóle Alejandro cómo quería que le tratase, y el prisionero respondióle:— Como rey! — Alejandro, conmovido, le repuso en su trono, bien entendido, como tributario suyo.

Las miras de Alejandro eran las de hacer toda la conquista de la India, pero no pudo lograrlo, porque sus gentes se negaron á ir más allá del Hidaspes. Bajó por dicho río al Indo, y por éste al Océano, conquistando los pueblos ribereños y fundando ciudades; y una vez reconocida la desembocadura del Indo, regresó á Susa, atravesando los desiertos de la Carmania, mientras que su almirante Nearco regresaba por mar navegando el golfo Pérsico.

Alejandro logró reunir bajo su poder el mayor imperio conocido hasta entonces: desde el Danubio al Indo, y desde los montes Emodos al Adriático, se extendía su reino. Pudo dominar todos los pueblos que encontró á su paso, pero muchas veces no se supo dominar á sí mismo, ni en el carácter ni en las costumbres; esto le dió ocasión de matar á su mejor amigo, Clito, que le había salvado la vida en la batalla del Gránico. Ello fué también causa de su muerte: después de un banquete desmedido, contrajo una fiebre, que concluyó con él en diez días. Alejandro murió el día 21 de Abril del año 323 (a. de C.), á los treinta y tres años de edad y trece de reinado. Después de la muerte de Alejandro, su vasto imperio se fraccionó. Sus generales se dividieron el Asia y el África, y á sus descendientes quedóles únicamente la Macedonia.

Entre tanto, los romanos vencieron á los griegos de Siracusa y á los fenicios de Cartago, y animados por la sed de dominación y de conquista lanzaron sus miradas á Grecia y Egipto. Los macedonios sueñan también con la dominación de los griegos, pero los romanos atacan á Perseo, último rey de la familia de Alejandro; véncenle y aprésanle en la batalla de Pidna (168), y cautivo con sus hijos llévanle á Roma, tras el carro de triunfo de Paulo Emilio.

Veintiseis años después, la Macedonia fué reducida á provincia romana.

De los generales que se dividieron el vasto imperio de Alejandro, el que fundó un imperio más duradero fué Tolomeo de Lago, que se apropió el Egipto, y cuyos descendientes reinaron en él cerca de tres siglos (306 á 30). Los primeros de estos príncipes se distinguieron por su valor y su amor á las artes y las letras; fundaron bibliotecas y escuelas y levantaron monumentos. El más célebre de ellos fué Tolomeo III, que venció á los sirios, y en cuyo tiempo vivió el astrónomo Eratóstenes.

Con la muerte de este rey (221), que murió asesinado, comienza la decadencia de Egipto.

La historia de sus sucesores es una serie de crímenes y vicios, que termina con el suicidio de Cleopatra, prisionera de los romanos.

FILÓSOFOS Y SABIOS GRIEGOS

Desde el tiempo de Pericles al de Alejandro, se distinguieron en las ciencias y las artes muchos varones notables, entre los que citaremos á Sócrates, célebre filósofo, que murió condenado á beber la copa de cicuta con que solía premiar Atenas los servicios de sus grandes hombres; Platón, su discípulo, tan célebre

como él, que proclamó la Providencia divina y la inmortalidad del alma; Aristóteles, maestro de Alejandro, filósofo y sabio, si no tan profundo como Platón, más universal que él. Fué, además de filósofo, médico, retórico, naturalista é historiador; en una palabra, poseía todos los conocimientos de su tiempo, y tuvo la gloria de ensanchar los horizontes de la investigación humana.



LECCIÓN DÉCIMATERCERA

PROGRAMA:—Últimas luchas civiles en Grecia. — Ligas aquea y etolia.—Conquista romana.—Difusión del espíritu griego en Occidente.

ÚLTIMAS LUCHAS CIVILES EN GRECIA

En cuanto llegó á Atenas la noticia de la muerte de Alejandro, sus habitantes, alentados por Demóstenes, tomaron las armas para recobrar su independencia. Esta tentativa audaz tuvo al principio un éxito feliz, pues en la batalla de Lamia, en la Tesalia, fué vencido Antípatro, regente del reino. Sin embargo, éste se desquitó inmediatamente venciéndolos en Cranón. La escuadra macedónica destruía al mismo tiempo á la de los aliados de Atenas.

Al celebrarse la paz pedida por los atenienses, los macedonios exigieron, á más de la indemnización de la guerra y del puerto de Muniquia, la cabeza de Demóstenes, que se suicidó.

Los atenienses fueron cayendo en tal degradación, que poco después, vilmente, debían sacrificar al odio macedónico, á Focion, habilísimo general y virtuoso ciudadano.

En Esparta también había hecho camino la corrupción y el lujo oriental de tal manera, que á poder resucitar Licurgo, hubiera creído encontrarse, más en una corte asiática, que en su austera y valerosa patria.

LIGAS AQUEA Y ETOLIA — CONQUISTA ROMANA

Sin embargo, el espíritu griego no estaba decaído del todo. La liga de cuatro ciudades de la Acaya, á las que se agregó después Sicione, tuvo el mérito de saber atraerse mayor número de ciudades y preparar un núcleo poderoso para la defensa de la independencia griega.

Arato, jefe de la liga, expulsó los tiranos de varias ciudades griegas; quitó el istmo de Corinto á los macedonios y se atrajo á los discolos etolios. Pero Esparta pretendió de nuevo la supremacía de la Grecia y se puso en lucha con la liga. Entonces Arato llamó á los macedonios y en la batalla de Telasia, ganada por Antígono Dosón, cayó Esparta para siempre, dejando comprometidos los intereses de la liga aquea. Filipo III de Macedonia hizo á un lado á Arato y se preparó á apoderarse de toda Grecia; pero Roma le salió al paso.

Los romanos, vencedores de Cartago, dueños de la Sicilia y sedientos de conquistas, pusieron sus ojos en Grecia.

Comenzaron por declararse protectores de los pueblos griegos. Con ese pretexto, mandaron al procónsul Flaminio, que después de ganar la batalla de Anocéfalos, si bien proclamó públicamente la libertad de los pueblos griegos, supo formar un partido favorable á Roma, á cuyas manos pasó el poder.

Filopemen, llamado con razón el *último griego*, veía aproximarse el día en que la Grecia desaparece-

ría entre las fauces de Roma. No pudiendo luchar contra ella, reavivó la liga aquea, y levantó los ánimos. Mas el partido romano consiguió separar á Mesenia de la liga. Filopemen, indignado, corre á castigar á la desleal ciudad, pero cae prisionero en la jornada y sus enemigos le condenan á beber la copa de cicuta (183).

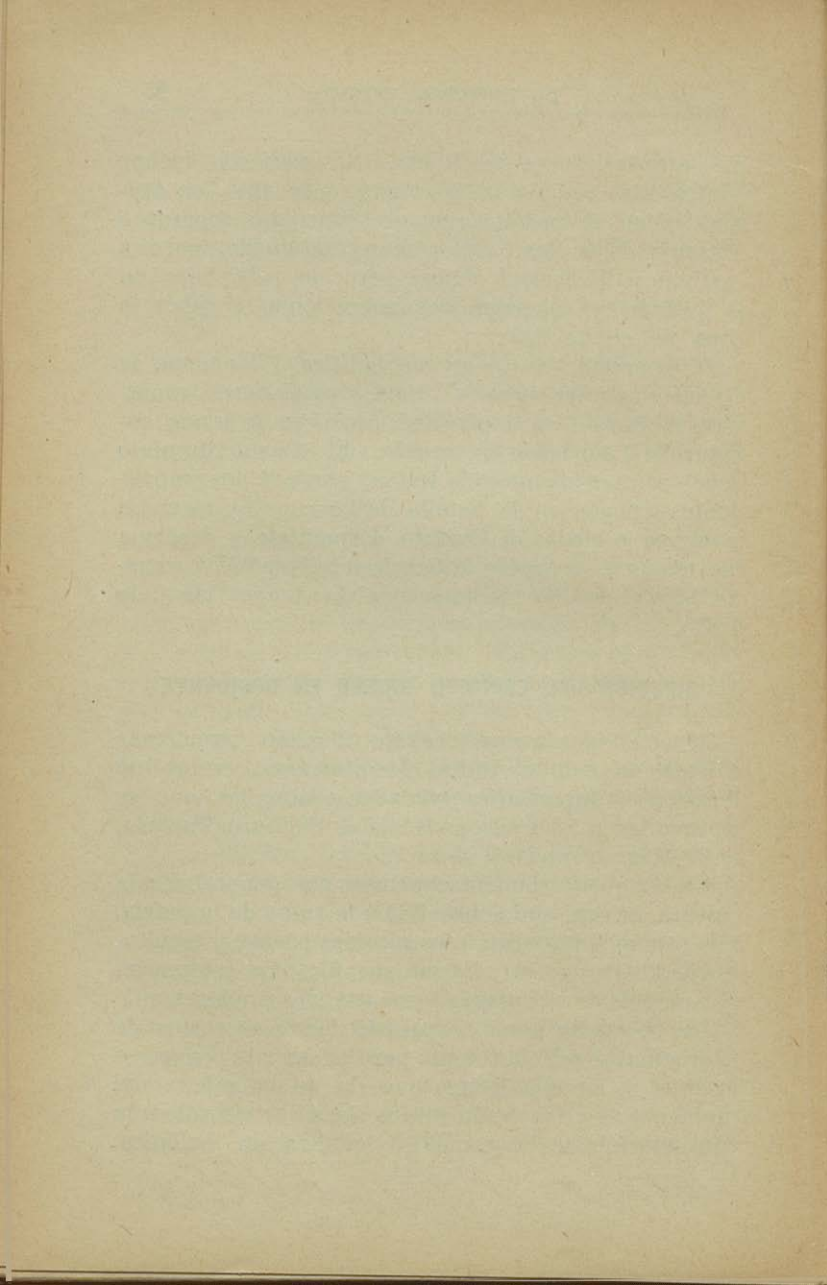
Desaparecido de la escena política Filopemen, la Grecia se vuelve un caos. Varios prisioneros romanos, vueltos de su cautividad, provocan á la que comenzaba á ser reina del mundo. El cónsul Mummio acude con las legiones de Roma, vence á los imprudentes griegos en la batalla de Leucopetra, incendia y saquea la ciudad de Corinto, desmantela y desarma las demás, é incorpora la Grecia á la República romana, bajo el nombre de provincia de *Acaya* (146 a. de J. C.).

DIFUSIÓN DEL ESPÍRITU GRIEGO EN OCCIDENTE

Las ciudades griegas habían fundado numerosas colonias en todo el litoral Mediterráneo, en las que florecieron importantes ciudades, entre las que se distinguieron *Siracusa*, en la isla de Sicilia, y *Tarento*, en la Magna Grecia.

La conquista romana concluyó por generalizar la cultura griega, que sobrevivió á la ruina de la patria. Los romanos imitaron á los grandes poetas y escultores de la Grecia: estudiaron sus filósofos y tomaron por modelo de elocuencia á sus grandes oradores.

La fuerza de Roma conquistó los flacos restos de la que había sido la Grecia: pero el espíritu griego se apoderó de aquella Roma que iba á ser señora del mundo, y su civilización futura iba á ser tan sólo una continuación de la grandiosa civilización helénica.



LECCIÓN DÉCIMACUARTA

PROGRAMA: Descripción de la Italia. — Roma bajo los reyes.—La República.—Lucha de los plebeyos y de los patricios. — La dictadura. — El tribunado.—Los decenviros.—La censura.

DESCRIPCIÓN DE LA ITALIA

La Italia es una gran península de la parte meridional de Europa, bañada por los mares Tirreno, Adriático y Jonio. Los Alpes al Norte la separan de Francia, Suiza y Alemania.

Su extensión es de 1240 kilómetros de largo y su mayor anchura es de 620.

Su clima es delicioso, y es célebre su cielo por lo límpido y azul. Sus llanuras son fertilísimas, sus colinas se cargan de viñedos, y en sus playas crecen los olivares y naranjales, entremezclados con bosques de almendros y granados.

ROMA BAJO LOS REYES

Los orígenes de Roma, como los de todos los pueblos paganos, se hallan confundidos con la fábula, y es

difícil, y hasta imposible, desentrañar la verdad entre tal cúmulo de ficciones absurdas.

En el Lacio, estrecho territorio del centro de Italia, debía levantarse la nación más poderosa del mundo.

Después de la destrucción de Troya, llegó al Lacio Eneas con sus troyanos y pidió hospitalidad al rey de Alba Longa, quien no sólo le concedió ésta, sino que le otorgó además la mano de su hija, ya prometida del rey Túculo, lo que dió ocasión á una guerra, en la que salieron vencedores los albanos.

Después de la muerte de Eneas, ocuparon sus hijos el trono de Alba. Amulio, el último de los descendientes del príncipe troÿano, usurpó el trono á su hermano Numitor, y de los hijos de éste, mató al varón y obligó á la hija Rea Silvia á consagrarse á Vesta, para que así no pudiera casarse. Pero ésta tuvo dos hijos, que la fábula latina atribuye á Marte y por ello fué condenada á muerte.

Los chicos, que se llamaron Rómulo y Remo, fueron mandados arrojar al Tíber. Pero los encargados de hacerlo, tal vez por compasión, no les echaron á la corriente, sino que les dejaron en la orilla, y cuando bajó el río quedaron en seco á la sombra de una higuera. Hallóles un pastor llamado Fáustolo y los llevó á su mujer Larencia, quien les crió. Como ésta tenía el sobrenombre de «la Loba», la fábula, desfigurando los hechos, cuenta que los dos chicuelos fueron amantados por una loba, que bajó de los montes expresamente para ello.

Cuando Rómulo y Remo conocieron su estirpe, destronaron al pérfido Amulio, y colocaron en el trono á su abuelo Numitor, que aún vivía. Éste, en recompensa, les dió la tierra en donde habían sido expuestos á la muerte, y criados por la mujer de Fáustolo. Entonces los dos hermanos se hacen jefes de una banda de

latinos, y acuartelándola en su dominio, que lindaba por una parte con el Lacio, y por otra parte con el país de los sabinos, echan los cimientos de Roma. Pero estos malos hermanos disputaron sobre quién debía mandar, y Rómulo, más fuerte, mató á Remo y dió su nombre á la ciudad, que se llamó Roma. Ésta fué fundada 753 años antes de la venida de Cristo. Rómulo dió libre asilo en su ciudad, para engrandecerla, á todos los malhechores de los países comarcanos. Así es que cuando algunos de ellos pretendieron casarse en los pueblos vecinos, pues no había en Roma ninguna mujer que cuidara del hogar, todos los rechazaron. Entonces Rómulo, por medio de una perfidia y un golpe de mano, robó las hijas de los sabinos, y las hizo casar con sus súbditos. Esto dió por resultado una guerra que tuvo por término la alianza de los sabinos y los romanos, pues las jóvenes sabinas, ya esposas de los romanos, en medio de una batalla se interpusieron entre los dos ejércitos y con lágrimas en los ojos exhortaron á la paz. Ésta se hizo y Tacio, rey de los sabinos, reinó en Roma en el monte Capitolino, mientras que Rómulo reinaba en el Aventino. Pero á la muerte de aquél, los sabinos reconocieron por rey á Rómulo.

Éste había organizado, no sólo militar, sino también políticamente su pueblo, dividiéndolo en dos clases.

Formaban la primera los senadores, que eran los ancianos, y que constituyendo el Senado legislaban y aprobaban ó discutían las medidas adoptadas por el rey y los patricios, que eran los hombres jóvenes que fueron sus compañeros en la fundación de la ciudad: para ellos eran todos los derechos y los cargos; la última clase era la de los plebeyos, que tenía todas las cargas y no gozaba de ningún derecho.

Rómulo parece que murió asesinado por los senado

res, que envidiaban su poder; para matarle, se aprovecharon de una tormenta que en medio de una revista dispersó al pueblo. Después hicieron correr la voz de que le habían visto desaparecer llevado por el dios Marte, y sus mismos asesinos lo proclamaron dios con el nombre de Quirino: así se fabricaban los dioses del paganismo!

Á Rómulo sucedió un rey sabino, Numa Pompilio, que fué legislador. Tulio Hostilio y Anco Marcio fueron guerreros y vencieron, el primero á los de Alba, y el segundo á los fidenses, volscos, veyenses, que eran de origen etrusco, á los sabinos y á los latinos.

Tarquino Prisco, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio fueron los últimos reyes. Un hijo de éste, Sexto, ultrajó á una matrona romana llamada Lucrecia, y sobre su cadáver se proclamó la expulsión de los reyes y se proclamó la República.

LA REPÚBLICA

En vano, por varias veces, pretendió Tarquino volver al trono, ó recuperar sus bienes confiscados ó distribuidos entre la plebe, como aliciente para que aceptara el nuevo cambio de gobierno. Bruto y Tarquino Colatino, marido de Lucrecia, fueron nombrados por un año para gobernar la nueva República, con el dictado de cónsules.

Tito y Tiberio, hijos de Bruto, entraron en una conjuración de los Tarquinos; descubierta ésta, fueron juzgados y condenados como los demás. Bruto sofoca el amor paterno en aras de la ley, y se ve forzado á presenciar la ejecución de sus hijos.

La nueva República era aristocrática; sólo los patricios podían alcanzar el consulado y los cargos públicos, lo mismo que bajo los reyes. Sin embargo, la

plebe era la que formaba las legiones, y no sólo derramaba su sangre por la patria, sino que estaba obligada á sufragar los gastos de su equipo militar, y no tenía sueldo ni recompensa alguna. Así es que los plebeyos se endeudaban, y como no tenían recursos con que solventar las deudas, porque durante las guerras no podían trabajar, se encontraban al fin de ellas en manos de los acreedores, que, autorizados por la ley, les convertían en esclavos ó les condenaban á muerte.

LUCHA DE LOS PLEBEYOS Y DE LOS PATRICIOS

Viendo la plebe y las legiones, después de las guerras sostenidas contra los Tarquinos y sus aliados los etruscos, volscos y sabinos, que ni se disolvía el ejército, ni se les libraba de las deudas, se retiraron con el ejército al Monte Sacro, abandonando Roma á los patricios.

Hízoles volver á Roma la elocuencia de un delegado, Menenio Agripa, que junto con otros enviaron los aterrados patricios, porque si el pueblo no trabajaba y no les defendía el ejército, ellos ¿qué harían?

LA DICTADURA

Tarquino, destronado, pretendió volver á Roma aliándose con Porsena, rey de los etruscos. Éste sitió á Roma. El valor romano maravilló al etrusco, que pactó la paz con aquel pueblo indomable.

Tarquino, abandonado por Porsena, consiguió al fin traer á su parte el Lacio.

Los romanos, ante este nuevo peligro, combinado con la tirantez interior, establecida entre patricios y plebeyos, nombraron un magistrado superior á todos

los demás, con derecho de vida y de muerte sobre todo ciudadano, al que se dió el nombre de *Dictador*. Su mandato duraba seis meses (498).

El primer dictador elegido por el Senado fué Tito Larció, y el segundo Aulo Postumio.

Este venció á los latinos en la célebre batalla del lago Regila, destruyendo así las esperanzas de Tarquino.

EL TRIBUNADO

Volvió la plebe, pero con la formal promesa de que se nombrarían magistrados especiales é inviolables para defender sus intereses. Estos fueron los tribunos, que podían oponer su *veto* ó negativa á las decisiones del mismo Senado. Éste fué el primer triunfo del pueblo sobre la aristocracia. Los otros, hasta llegar á la igualdad, fueron viniendo sucesivamente arrancados por las circunstancias, y bien puede decirse, sin temor de exagerar, que Roma no empezó á ser grande hasta que patricios y plebeyos fueron políticamente iguales, y que comenzó su decadencia cuando cesaron de serlo.

Desde el establecimiento del tribunado no cesa de luchar la plebe contra el patriciado para obtener los mismos derechos que éstos. La conquista de ellos duró casi dos siglos, pero al fin, como veremos, venció el pueblo. Entre esta larga lucha por los derechos, vemos sucederse varias veces la promulgación de leyes agrarias, motivadas por la usurpación de las tierras públicas por los ricos, y el desenvolvimiento completo de la plebe. La primera de estas leyes costó la vida al cónsul Espurio Casio, que la promulgó (486 ant. de C.).

Pero después de la muerte de los Fabios, patricios

que habían tomado á su cargo y costo la guerra contra los veyenses, y que no fueron socorridos á tiempo por el cónsul Menenio, aprovecharon el duelo público para avanzar camino después del fracaso de Espurio y acusaron de traición al cónsul Menenio. Desde entonces los tribunos otorgaron el derecho de citar é interpelar á los cónsules ante la asamblea del pueblo. Pocos años más tarde, obtenían para el pueblo reunido en asamblea la facultad de promulgar decretos y leyes, que se llamaron *plebiscitos*.

LOS DECENVIROS — LA CENSURA

Pero el tribunado fué interrumpido en el año 450 ant. de C., lo mismo que el consulado, para dejar más libertad de acción á los *decenviros*. Fueron éstos diez patricios, encargados de dar leyes escritas á Roma, pues hasta entonces no las había habido, y este defecto daba margen á mil abusos en la aplicación del derecho tradicional. Confióseles poder ilimitado por un año. Contábase entre ellos un ambicioso patricio llamado Apio Claudio, que pronto tomó preponderancia sobre ellos. Sin embargo, el primer año de gobierno de los decenviros fué benéfico y mereció la aprobación del pueblo y, como legisladores, publicaron las leyes en diez tablas para que todo ciudadano pudiese hacer sus observaciones al respecto. Mas con objeto de que fuese prolongado el gobierno de los decenviros, dejaron otras dos tablas para el siguiente año. Apio Claudio consiguió, con sus intrigas é influencia, hacerse reelegir y que le dieran por compañeros hombres ineptos y de su confianza.

En ese segundo gobierno, desapareció toda la máscara y Apio Claudio y sus colegas se presentaron en el foro con guardia de 120 lictores, imitando el fausto de

los reyes, y dieron comienzo á una trama vergonzosa en la que ni los bienes, ni la honra, ni la vida de los romanos fueron respetadas. Pero una atrocidad análoga á la que produjo la expulsión de los Tarquinos, concluyó con ellos.

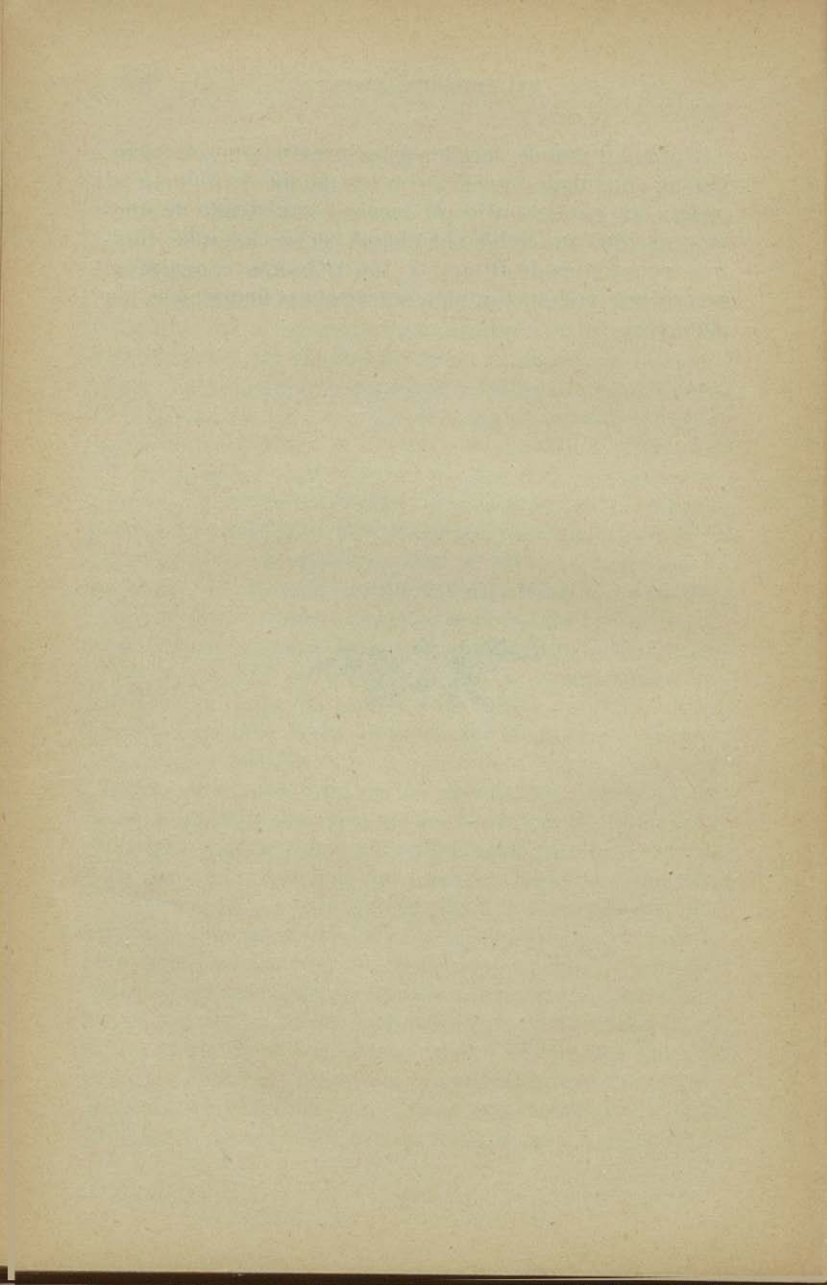
Una hermosa niña plebeya, hija del centurión Lucio Virginio, fué arrebatada á su familia y consignada como esclava á un cliente de Apio. El padre, antes que consentir semejante vergüenza y deshonra, la atravesó el corazón con un cuchillo; á vista de aquella sangre inocente, se indignó el pueblo y se amotinó. Virginio, en tanto, sublevó al ejército y otra vez, seguido del pueblo, abandonó la ciudad, acampando en el Monte Sacro. Los patricios, atemorizados nuevamente, abandonaron á los decenviros, que se vieron obligados á abdicar. El Senado envió dos diputados á los plebeyos, prometiéndoles amnistía, derecho de apelación y restablecimiento del Tribunado. Virginio citó á Apio ante la justicia; pero este cobarde no tuvo el valor de comparecer ante los jueces y se mató.

A los demás decenviros se les desterró y se les confiscó los bienes.

Aunque el gobierno de los decenviros fué sanguiinario y bochornoso, dejó en las Doce Tablas reconocida la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Era esta una conquista más del pueblo. Sin embargo, estas leyes dejaban subsistentes las dos mayores prohibiciones que pesaban sobre la plebe: la de no poder contraer matrimonio en la clase patricia, y la inhabilitación para desempeñar los altos cargos públicos. Pero con tanto tesón lucharon, que cuatro años después conseguía el tribuno Canuleyo que se aboliera la prohibición de los casamientos entre las dos clases; lo que tardaron algunos años más en conseguir fué el derecho al consulado y demás cargos superiores.

Para evitarse de acceder á las pretensiones del pueblo al consulado, prefirieron los patricios repartir el poder del cónsul entre un *ensor*, magistrado de nueva creación, que debía ser elegido entre los más ilustres personajes de Roma, y los tribunos consulares, cargos que podían también ser desempeñados por los plebeyos.





LECCIÓN DÉCIMAQUINTA

PROGRAMA:—La Galia.—Invasión de los galos.—Camilo.—
División del Consulado.—Igualdad política.—Con-
quista de Italia.

LA GALIA

Del otro lado de los Alpes, confinados por el Rin, el Mediterráneo, los Pirineos y el Océano, vivían las hordas salvajes de los galos, entre inmensas selvas de árboles gigantes.

No formaban un cuerpo de nación, ni tenían unidad de raza ni de idioma, ni obedecían á un solo rey.

Los galos eran de elevada estatura, de prodigiosa fuerza y de larga é indócil cabellera; sus costumbres eran rudas, pero en la guerra no tenían disciplina.

INVASIÓN DE LOS GALOS

Desde el segundo siglo de la fundación de Roma habían traspasado los Alpes varias hordas de galos, halagados por el clima y fácil vida de Italia. Milán, Brescia y Verona fueron fundadas por ellos y quitaron Bolonia á los etruscos.

Dos siglos más tarde, volvieron á descender á la Etruria, al mando de un jefe llamado Breno, y sitiaron la ciudad de Clusium.

Amedrentados los clusenses, pidieron auxilio á Roma, que les negó su ejército, pero consintió en enviar tres patricios, como mediadores, al campo del Breno.

Mas como uno de éstos, perteneciente á la familia de los Fabios, violase el derecho de gentes atacando y matando á un jefe galo, enfurecidos éstos, levantaron el sitio de Clusium y dirigieron sus airadas y feroces hordas contra Roma.

En la desembocadura del Alia en el Tíber, hallaron al ejército romano que les salía al encuentro. Pero el terrible empuje de los galos lo desconcertó. Cuarenta mil murieron y los demás huyeron.

La mayor parte de los habitantes de Roma abandonaron la ciudad. Los guerreros se fortificaron en el Capitolio. En las casas sólo quedaron los ancianos.

Al día siguiente, penetraron en ella los bárbaros. Como uno de ellos acariciara la barba de Marco Papirio, tomándolo tal vez por una estatua, el anciano patricio le golpeó indignado con su cetro de marfil.

El galo le contestó atravesándole con su espada, y esta muerte fué la señal de una horrible carnicería; ni un solo anciano escapó, y la ciudad, después de saqueada, fué reducida á cenizas (390 a. de J. C.).

Sólo quedaba intacto el Capitolio. Los galos pretendieron escalarlo en medio de la noche, pero unos gansos, dedicados á Juno, dieron la voz de alarma; el cónsul Marco Manlio acude á la muralla y despeña á un galo que ya trepaba á la cima de la Roca Tarpeya, en la que tenía asiento el Capitolio.

Al rumor despiértanse los otros compañeros y desbaratan á los audaces galos.

Sin embargo, los galos no levantaban el sitio, esperando vencer por hambre á los intrépidos romanos.

Pocos días después, los sitiados se veían obligados á pactar con los galos, que consintieron en levantar el sitio, mediante el pago de mil libras de oro.

CAMILO

Era Camilo un capitán romano de familia patricia, que se había hecho célebre con la toma de la ciudad etrusca de Veyes, rival de Roma, y después con la de Faleria.

Más tarde, sus enemigos políticos le acusaron de haber guardado para sí una parte del botín ganado á los veyenses. Camilo no quiso disculparse por creer que se rebajaba, y prefirió retirarse deserrado á Ardea. Al dejar á Roma, dicen que exclamó: «¡Dentro de poco te arrepentirás de tu ingratitude!» No se engañó. Ante el peligro de los galos volvieron á llamarle y nombrarle dictador. Camilo olvida sus injurias personales y acude á salvar la patria. Llega á Roma con su ejército, cuando se pesaban delante de Breno las mil libras de oro; y dice la tradición que, exclamando «no es con oro sino con hierro con lo que Roma concluirá esta contienda», cayó sobre los galos con su impetuoso ejército, desbaratándolos y exterminándolos por completo.

Después de este triunfo, opúsose Camilo á que los romanos se trasladaron á Veyes, abandonando á Roma, y la hizo reconstruir en un año, lo que le valió el dictado de *padre de la patria y segundo fundador de Roma*.

DIVISIÓN DEL CONSULADO—IGUALDAD POLÍTICA

Los plebeyos romanos no cesaban, sin embargo, en sus pretensiones, en nada satisfechas con la creación de la censura.

Los tribunos del pueblo, Licinio Estolón y L. Sextio, presentaron al Senado tres leyes: una agraria, favorable al pueblo y por la que ningún ciudadano, por rico que fuera, podía poseer más que una determinada extensión de tierra; otra, favorable á los deudores insolventes, esclavizados y presos, por no haber podido reembolsar las sumas tomadas á préstamo para restaurar sus propiedades devastadas por los galos; en fin, otra, estableciendo el reparto del cargo consular entre patricios y plebeyos.

Diez años consecutivos presentó Licinio estas reformas y diez años se resistió el Senado á concederlas; pero, vencido por la oposición, tuvo que ceder al fin.

El primer cónsul plebeyo fué Sextio, compañero de Licinio en el tribunado. Con esto, igualados los derechos de todos, no formaron ambas clases más que una sola entidad política, un solo pueblo.

En poco años consiguieron los plebeyos el acceso á todos los otros cargos superiores, á saber: la dictadura, la censura y el sacerdocio. Desde entonces, patricios y plebeyos rivalizan en el servicio de la patria y contribuyen, á una, al engrandecimiento de Roma.

CONQUISTA DE ITALIA

Hasta esa época, Roma había sido uno de los tantos estados de la península.

De ahora en adelante no desperdiciará ocasión de acrecentar sus dominios: comenzará por los

pueblos vecinos y rivales, destruirá á Cartago y concluirá, en seguida, por sujetar á su yugo el mundo conocido.

La guerra contra los samnitas, pueblo situado al otro lado del Apenino, inició la era de las conquistas de Roma. Esta guerra, que duró medio siglo, fué al principio fatal para los romanos, que fueron derrotados por sus rivales en las Horcas Caudinas.

En la batalla de Lentino, tomaron su desquite los romanos, y, por último, en el año 290 a. de J. C. el cónsul Curio Dentado los sometió definitivamente al dominio de Roma.

Durante esta guerra, los latinos, aliados de Roma, en todas sus guerras, hartos de luchar siempre en provecho de la absorbente metrópoli, se rebelaron contra ella.

En esta lucha tuvieron los romanos que habérselas con soldados tan aguerridos como ellos, como que siempre habían servido en sus filas, y empleaban la misma estrategia militar. Sin embargo, los vencieron y volvieron á someter en la batalla del monte Vesuvio.

En seguida, subyugaron á los galos y á los etruscos; y con pretexto de que los tarentinos echaron á pique algunas naves romanas, invadieron la Magna Grecia.

Los de Tarento, viendo que sus fuerzas no eran suficientes para resistir á Roma, llamaron en su ayuda á Pirro, rey del Epiro.

Este príncipe llegó con todo un aparato oriental; traía veintidós mil infantes, tres mil caballos y veinte elefantes.

El cónsul Levino fué enviado á su encuentro. Halláronse ambos ejércitos á orillas del Leno, cerca de Heraclea. Pero los romanos se amedrentaron á

la vista de los elefantes, cargados con enormes torres de las que arrojaban flechas y piedras los soldados de Pirro.

En la primavera del siguiente año, volvió á vencer el rey del Epiro en la batalla de Ascoli. Pero fué derrotado enteramente, dos años después, en la batalla de Benevento por el cónsul Curio Dentado.

Pirro, desalentado, abandonó la Italia, y los tarentinos, entregados á sus propias fuerzas, se sometieron al yugo de Roma, señora ya de toda la Italia meridional.



LECCIÓN DÉCIMASEXTA

PROGRAMA: — Roma y Cartago.—Las guerras púnicas.—
Primera guerra púnica.—Aníb.l.—Segunda guerra
púnica.—Aníbal en Italia.—Fabio.—Batalla de Cannas.
Aníbal en Capua.—Batalla de Metauro.—Escipión.—
Batalla de Zama.—Conclusión de la lucha.

ROMA Y CARTAGO—LAS GUERRAS PÚNICAS— PRIMERA GUERRA PÚNICA

Los fenicios fundaron en la costa de África, frente á Italia, una ciudad llamada Cartago, que llegó á ser poderosísima. Sus habitantes se dedicaban al comercio y á la navegación, y llegaron á acumular riquezas inmensas y á fundar diversas colonias. Aunque no eran guerreros, como no les faltaba el oro, pagaban ejércitos mercenarios y con ellos hacían sus conquistas.

Roma no veía con buenos ojos que esta poderosísima ciudad dominara casi toda la Sicilia; así es que aprovechóse de la primera oportunidad para moverle guerra. Por eso, cuando la ciudad de Mesina, de origen griego, atacada por los cartagineses y sira-

cusanos á un tiempo, pidió ayuda á Roma, no desperdició ésta semejante ocasión.

Sus legiones, en el año 264 a. de C., atravesaron por Reggio el estrecho, y cayendo sobre el rey de Siracusa y los suyos, le derrotaron, obligándole á aliarse con ellos contra los de Cartago. Juntos entonces, romanos y siracusanos, vencieron repetidas veces á los cartagineses y les quitaron la ciudad de Agrigento, á los siete meses de sitio.

Después de esta victoria, comprendieron los romanos la conveniencia de quitar el dominio del mar á los cartagineses. Pero para ello necesitaban una flota. Nunca la habían tenido, así que ignoraban por completo la construcción de buques: mas una nave cartaginesa que naufragó y fué á dar á las costas de Italia, les sirvió de modelo, y en dos meses construyeron ciento veinte navíos y adiestraron la correspondiente tripulación. Tomó el mando de la armada el cónsul Cayo Duilio y batió á la flota cartaginesa, mandada por Amílcar Barca, cerca de Melazzo, echándoles á pique cincuenta bajeles, apresándoles siete mil hombres y matándoles tres mil.

Esta primera guerra púnica—así llamada porque púnico quiere decir fenicio—duró veinticuatro años, perdiendo los cartagineses la Cerdeña, la Córcega y la Liguria, que fueron convertidas en provincias romanas.

ANÍBAL — SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Veintidós años después, Roma volvió á declarar la guerra á Cartago, á causa de que Aníbal, general cartaginés, hijo de Amílcar Barca, había jurado vengar la afrenta de su patria.

Aníbal contaba sólo veintiséis años cuando llevó á cabo el plan de conquistar á España, para atacar me-

por á los romanos. Lo consiguió, pero sin respetar la fe de los tratados, atacó á la ciudad neutral de Sagunto, aliada de los romanos. Sagunto se defendió heroicamente y antes que caer en manos de los cartagineses, sus defensores la incendiaron, pereciendo todos entre sus llamas.

ANÍBAL EN ITALIA — FABIO — BATALLA DE CANNAS ANÍBAL EN CAPUA — BATALLA DE METAURO

Los romanos entonces se vieron forzados á declararle la guerra, y Aníbal se puso en marcha hacia Italia con 60.000 soldados, dejando á su hermano Asdrúbal en España. En esta marcha heroica, tuvo que atravesar países desconocidos y enemigos, trasponer los Pirineos, pasar los rapidísimos ríos sin puentes de la Galia y, por último, efectuar el célebre pasaje de los Alpes, cadena elevadísima de montañas que separan á Italia de Francia. Venciendo el temor de sus soldados, que se amedrentan al ver aquellos precipicios y nevadas alturas, llega á la cima del pequeño San Bernardo el día noveno después de emprendido el paso: la mitad de la empresa estaba concluída, pero lo más desastroso y difícil fué bajar aquellos escarpados montes. Cuando llegó á la llanura había perdido cuarenta mil hombres.

Pero con aquellos veinte mil que le quedaban derrotó Aníbal á Cornelio Escipión en el Tesino y á Sempronio en el Trebia, consiguiendo con esta victoria el apoyo de todos los galos cisalpinos, y al año siguiente pudo encaminarse á Roma con un ejército de noventa mil hombres y derrotó á los romanos en la batalla de Trasimeno. Entonces Roma se amedrentó y nombró dictador á Fabio Máximo, que, compren-

diendo que las victorias púnicas eran debidas á las astucias de Aníbal y al valor de la caballería, propúsose vencerlos por medio de una táctica especial, con la cual, sin dar ningún combate decisivo, cansaba y debilitaba sus fuerzas con escaramuzas.

Pero á Fabio sucedieron Pablo Emilio y Varrón, que fueron derrotados en Cannas. De allí, Aníbal hubiera podido fácilmente entrar en Roma, pues el ejército de los cónsules quedó deshecho; pero se entregó en la ciudad de Capua al ocio y á los vicios, lo que le fué fatal, y Claudio Marcelo lo desbarató en Nola. Dos años después, el mismo Marcelo tomaba á Siracusa, y al siguiente á Capua, donde estaba refugiado Aníbal.

Asdrúbal, que había quedado en España, bajó á Italia á ayudar á su hermano con otros sesenta mil hombres; pero el cónsul Nerón, olvidando que el otro cónsul Livio, que tenía que hacer frente á Asdrúbal, era su particular enemigo, se unió á él y juntos atacaron al cartaginés en las riberas del Metauro.

Los cartagineses fueron deshechos y Asdrúbal muerto. Á pesar de estas derrotas, Aníbal no salía de Italia, y el Senado pensó que, para conseguirlo, era lo mejor llevar la guerra á África.

ESCIPIÓN — BATALLA DE ZAMA — CONCLUSIÓN DE LA LUCHA

Publio Escipión, vencedor de España, recién nombrado cónsul, se puso al frente de treinta mil hombres. Cartago, atemorizada, llamó á Aníbal para defenderla; pero Escipión destrozó sus tropas en la batalla de Zama, obligando á huir al fiero cartaginés, que en-

trando en la ciudad, declaró que no había más remedio que implorar la paz.

Así terminó esta segunda guerra, después de diez y ocho años; pero la paz costó muy cara á Cartago, pues Roma le impuso por condiciones la cesión de España y de las islas del Mediterráneo, la entrega de la flota, que fué incendiada, el compromiso de no declarar la guerra, sin el consentimiento de Roma, y una indemnización de 10.000 talentos.



LECCIÓN DÉCIMASÉPTIMA

PROGRAMA:—Las guerras de Oriente.—Los romanos en Macedonia.—Batalla de Magnesia.—Reducción de la Macedonia y de la Grecia à provincia romana.—Tercera guerra púnica.—Ruina de Cartago.—Escipión Emilianio y sus conquistas.

LAS GUERRAS DE ORIENTE—LOS ROMANOS EN MACEDONIA BATALLA DE MAGNESIA

Después de la batalla de Zama, quiso el Senado romano vengarse de Filipo, rey de Macedonia, aliado de los cartagineses, y destruir à tiempo su poder. Pero esta expedición fué desfavorable à los romanos hasta que el cónsul Flaminio tomó su dirección. Flaminio, por su elocuencia, se hace favorable la liga aquea, y por la astucia toma à Tebas. Con estos refuerzos dirígese à Tesalia, encuentra al ejército de Filipo en Cinocéfalos y le derrota, matándole ocho mil soldados. El rey de Macedonia pide la paz, y se la concede como concedía la paz Roma, en condiciones onerosas. Flaminio, sin embargo, no creía conveniente todavía apoderarse de la Grecia, y en los juegos ístmicos

de Corinto, declara á nombre de la República romana, «que todos los griegos son libres». Esto era ya hacerles reconocer que Roma podía, así como les declaraba libres, quitarles la libertad. Seis años después, quita Lucio Escipión toda el Asia Menor al rey de Siria Antíoco, vencido en Magnesia, y al siguiente Manlio Valso vence á los gálatas.

REDUCCIÓN DE LA MACEDONIA Y DE LA GRECIA Á PROVINCIA ROMANA

Entre tanto, Filipo de Macedonia no se conformaba con su derrota, pero la muerte no le permitió tomar desquite. Su hijo Perseo, junto con la corona, heredó sus odios, se alió con muchos príncipes de Europa y Asia y reunió setenta mil hombres. Con esta fuerza derrotó por dos veces á los romanos, pero Pablo Emilio le venció en la batalla de Pidna, llevándole á Roma con sus hijos tras de su carro de triunfo.

Todos los reyes de Asia, África y Europa presentaron, atemorizados, después de la derrota de Perseo, su humilde homenaje al Senado de Roma.

Poco después, hubo una sublevación en Macedonia; sofocáronla los romanos y redujeron el país á provincia romana.

TERCERA GUERRA PÚNICA — RUINA DE CARTAGO ESCIPIÓN EMILIANO Y SUS CONQUISTAS

La tercera y última guerra púnica fué debida á la implacabilidad del censor Catón, que cada vez que se presentaba en el Senado, exclamaba: «Me parece que debemos destruir á Cartago!» Al Senado le parecía lo

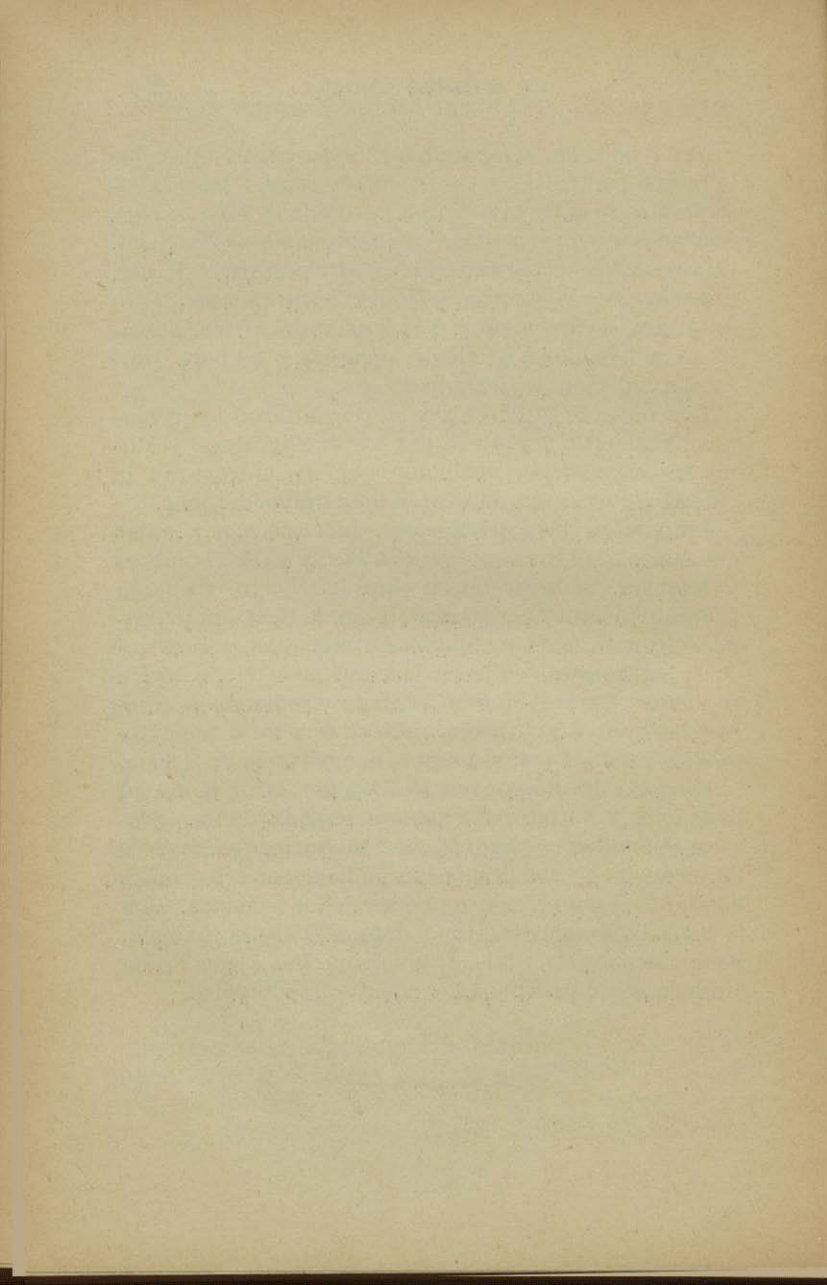
mismo; pero le faltaba un pretexto para emprender la tercer campaña contra su odiada rival. Mas vali6se de Masinisa, rey de Numidia, aliado de Roma, para que acosara y provocara constantemente á Cartago. Entonces los cartagineses, sin pedir permiso á Roma, le declararon la guerra, y Roma, naturalmente, tuvo un pretexto para mandar sus legiones á África, no sólo para defender á su aliado Masinisa, sino para vengar la violación del tratado de paz.

Con noventa mil hombres se presentaron los romanos. Volvieron á pedir la paz los cartagineses y Roma les impuso por condición que les entregaran la ciudad y que fundaran otra, á diez millas del mar.

Indignados los cartagineses, juraron morir antes que ceder á tan insolente pretensión; y todos, hombres y mujeres, se aprestaron para la guerra. Escipión Emiliano derrota á Asdrúbal, sitia á Cartago y después de una lucha constante de seis días y seis noches, logra entrar en la ciudad, que se le rinde al día siguiente. Cartago fué incendiada y reducida á cenizas (146 a. de C.), é incorporado su territorio á la República Romana con el nombre de provincia de *África*.

Escipión Emiliano venció después en España al pastor ibero Viriato, que había derrotado á cinco pretores romanos, y puso sitio á Numancia, que resistió heroicamente, y fué después incendiada por sus propios habitantes para no caer en poder de los romanos. Con la caída de Numancia, Roma dominó toda la España. Poco después, la Galia transalpina fué incorporada también como provincia de aquel vasto imperio.





LECCIÓN DÉCIMA OCTAVA

PROGRAMA:—Estado de la República Romana en 123 (a. de J. C.).—Escipión el Africano y Catón.—Los Gracos. Las leyes agrarias.—Tribunado de Cayo Graco.—Sus leyes.—Su muerte.

ESTADO DE LA REPÚBLICA ROMANA EN 123 (a. de J. C.)

Estas conquistas habían engrandecido la República Romana, que en el año 123, abrazaba toda la Italia con sus islas, la Iliria hasta el Danubio, el África, la Grecia, la Macedonia, la España, la Siria y el Asia Menor.

La civilización y las riquezas de los vencidos pasaron á Roma, pero con ellas también vinieron el ocio y la corrupción de los pueblos de Oriente, que minaron la energía primitiva é hicieron olvidar las antiguas virtudes patricias.

En el apogeo de Roma, latía oculto el germen de su decadencia.

ESCIPIÓN EL AFRICANO Y CATÓN

Publio Escipión, llamado el Africano, después de la victoria de Zama, pudo escapar á la envidia de sus

conciudadanos y en especial á la de Catón, el *Censor*, hombre áspero, que llevó la severidad hasta el colmo y que *no cesaba de ladrar contra la grandeza de Escipión*.

Hízole acusar por los dos tribunos Petilio, de haber vendido la paz á Antíoco, y en prueba de ello aducían que le había sido devuelto su hijo, sin pagar rescate. Citado ante el pueblo, Escipión le recordó que en un día como aquel había vencido á Aníbal, y el pueblo entusiasmado se puso de su parte. Pero poco después, hastiado de las hostilidades que se le suscitaban, se retiró á Liternum en la Campania, donde vivió tan oscuramente, que no se supo á ciencia cierta el año de su muerte.

LOS GRACOS—LAS LEYES AGRARIAS—TRIBUNADO DE CAYO GRACO—SUS LEYES—SU MUERTE

Los Gracos eran hijos de Sempronio y de Cornelia, hija de Escipión el Africano.

El mayor de ellos, Tiberio, fué nombrado tribuno, y se dedicó á mejorar la suerte del pueblo, cuya precaria situación había siempre lamentado. Para esto propuso las célebres leyes agrarias, por las que se prohibía ser propietario de más de quinientas yugadas de tierra.

Los ricos, que no querían dejarse arrancar lo que ya poseían, formaron un partido poderosísimo contra Tiberio.

El día de los comicios, cuando la elocuencia del tribuno ya plegaba los ánimos á la aprobación de su ley, el otro tribuno, Marco Octavio, partidario de los ricos, se opuso y Tiberio le hizo deponer, con lo que su ley fué aprobada.

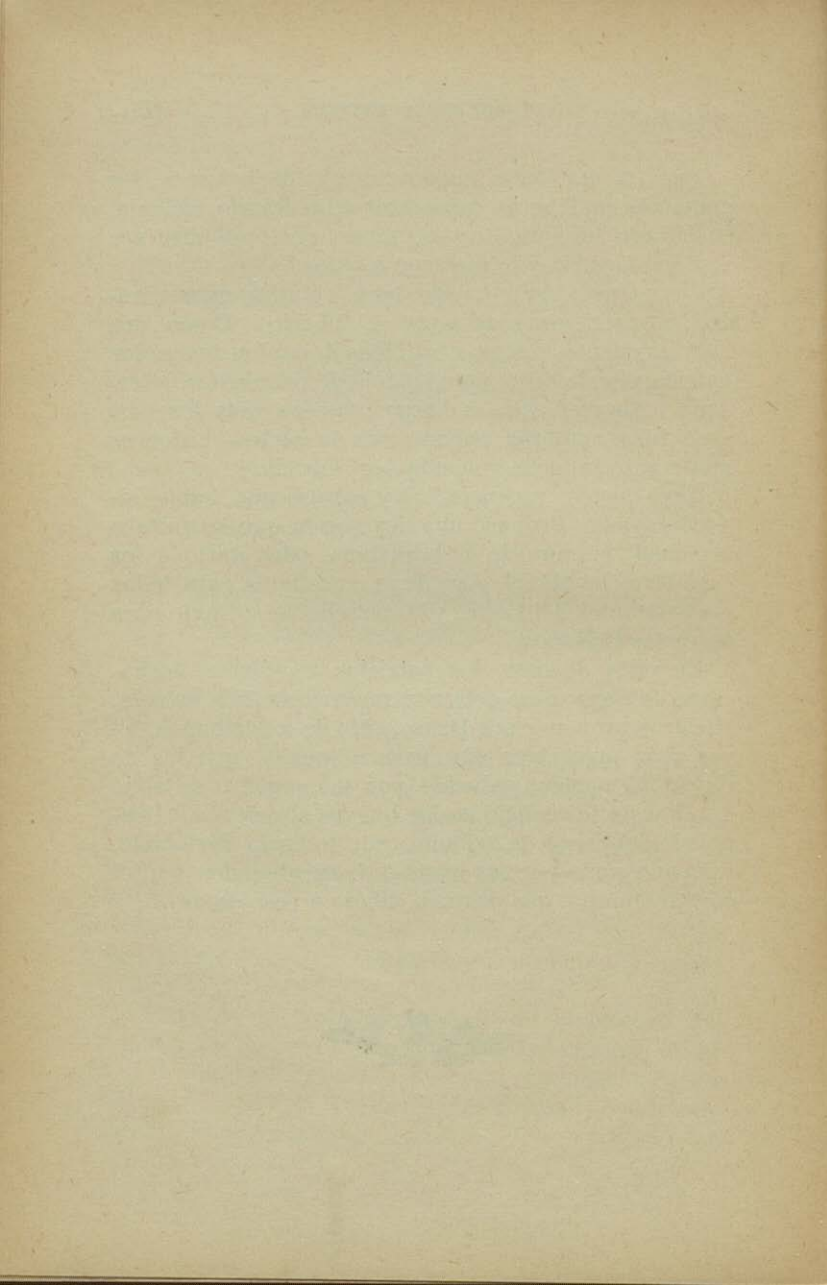
Pero el día de la nueva elección de tribunos, los enemigos de Tiberio, dispuestos á no dejarlo reelegir, suscitaron un tumulto y acusándole de pretender ser rey, le atacaron y le mataron á palos.

Cayo Graco, su hermano, tenía veintiún años cuando los patricios asesinaron á Tiberio. Como era muy elocuente y seguía las ideas de su hermano, los patricios le alejaron, mandándole de procuestor á Cerdeña. Regresó, sin embargo, algunos años después, y se hizo nombrar tribuno por la plebe. Entonces recomenzó la lucha iniciada por Tiberio.

Cayo puso en vigencia la ley agraria que había sido derogada. Propuso una ley por la que se quitaba al Senado el ejercicio de la justicia, para darlo á los caballeros; pidió el goce de la ciudadanía para todos los habitantes del Lacio, y el derecho de sufragio para todos los italianos.

En vista de esto, los patricios decidieron deshacerse de Cayo, pero esta vez recurrieron á la astucia. Hicieron proponer por Druso, otro de los tribunos, leyes más favorables aún para el pueblo que las de Cayo. El pueblo, seducido por tal engaño, se alejó de él y no le reeligió en las nuevas elecciones. Despojado del cargo de tribuno, que lo hacía inviolable, fué perseguido por sus enemigos, encabezados por el cónsul Opimio, que pagó su cabeza á peso de oro.





LECCIÓN DÉCIMANOVENA

PROGRAMA:—Guerras civiles.—Mario y Sila.—Pompeyo.—Cicerón.—Catilina.—Craso y César.—El primer triunvirato.—Consulado de César.—César y la conquista de las Galias.—César y Pompeyo.—Conquista de la España y de la Italia.—Gobierno y proyectos de César. Roma después de la muerte de César.

GUERRAS CIVILES — MARIO Y SILA

Mario fué un soldado hábil y valiente, que comenzó á distinguirse en la guerra de Numancia.

Pobre y de baja extracción, abrigó siempre un odio mortal contra la aristocracia, lo que le granjeó las simpatías del pueblo.

Cónsul en 108, fué encargado de terminar la guerra contra Yugurta, que había usurpado el trono de Masinisa, haciendo asesinar á sus herederos. En esta guerra, cuyo triunfo correspondió á Mario, se distinguió un joven cuestor, llamado Lucio Cornelio Sila, cuyas negociaciones con el rey de Mauritania, aliado de Yugurta, dieron por resultado la entrega de éste á los romanos.

Pero entre estos dos hombres comenzó desde entonces una rivalidad que iba á ser fatal á Roma.

Sila, que era patricio, no tardó en ser el caudillo de la aristocracia, como Mario lo era de la plebe.

La guerra contra Mitridates, rey del Ponto, hizo estallar la terrible enemistad de ambos rivales.

Mario había sido elegido cónsul cinco veces, y durante sus mandatos había dado á la República la Numidia y parte de la Mauritania, y salvado á Roma de caer en manos de los cimbro y teutones que invadieron la Italia en 105.

Pero á pesar de todos estos grandes servicios, el Senado encargó á Sila la dirección de la guerra.

Mario, ofendido por el honor otorgado á su rival, valiéndose de intrigas, consigue que un plebiscito le adjudique el mando del ejército del Asia. Sila, que ya estaba en marcha, vuelve con sus legiones sobre Roma, entra en ella, á pesar de los partidarios de Mario, quita privilegios á la democracia y hace declarar enemigos públicos á Mario y á nueve de sus secuaces.

El vencedor de los cimbro tuvo que huir de Roma. Pero en cuanto Sila se alejó con sus legiones, Mario volvió á Roma al frente de un ejército que entró á sangre y fuego en la ciudad. Mario se deshizo de todos los partidarios de Sila, proscribiéndolos ó matándolos. Elegido cónsul por séptima vez, muere á los diez y siete días de su consulado (13 de Enero del 86) abrumado por los remordimientos y entregado á la embriaguez.

Sila, en tanto, volvió á Roma después de vencer á Mitridates, rey del Ponto, y se declaró dictador.

Hizo como Mario, asesinó á todos sus enemigos, publicó las célebres listas de proscripción, se enriqueció y enriqueció á los suyos con los bienes de los

que mandaba matar, devolvió al Senado todas sus primitivas prerrogativas, y abatió el tribunado. Por último, cansado de sangre y mando, abdicó; pero sus vicios le hicieron contraer una asquerosa enfermedad y murió atormentado por úlceras y piojos.

El lujo y la corrupción habían hecho degenerar al pueblo romano; sólo así se explica que los descendientes de los Fabios y Camilos, soportasen las tiranías de los Silas y los Marios.

POMPEYO

Después de la muerte de Sila, quedó Gneo Pompeyo al frente del partido aristocrático. En el año 77, envióle el Senado á combatir á Sertorio, antiguo partidario de Mario, que había insurreccionado la España. La traición de Perpena, que le asesinó para apoderarse del mando de los insurrectos, entregó á Pompeyo la España. Perpena, abandonado por sus tropas, fué vencido y condenado á muerte.

Á su regreso de España, Pompeyo fué nombrado cónsul y restableció el tribunado, halagando así á la democracia.

Destruyó después á los piratas que infestaban el Mediterráneo, dirigió la segunda guerra contra Mitrídates, á quien venció por completo, y redujo la Siria á provincia romana. Á su regreso á Roma fué honrado con el mayor triunfo visto hasta entonces.

CICERÓN—CATILINA—CRASO Y CÉSAR

Cicerón fué el primer orador de Roma; hombre de valor y corazón, se dedicó al servicio de su patria. El hecho culminante de su vida política fué su lucha con Catilina.

Era éste un joven patricio, cargado de deudas, vicios y ambición, que se formó un partido con todos los malos sujetos de Roma, y urdió una terrible conjuración para apoderarse del poder y derribar la República.

Alardeando de liberal, pretendió el consulado; pero el pueblo, unánimemente, lo concedió á Cicerón. Entonces Catilina resolvió hacer estallar cuanto antes su conjuración, que debía asesinar á Cicerón y á los senadores, incendiar á Roma y saquear el erario.

Pero Cicerón descubrió sus criminales designios; tomó medidas para su seguridad y la de Roma.

Mientras toda la ciudad estaba al corriente de la conjuración, Catilina tuvo la audacia de acudir al Senado. Entonces Cicerón, ardiendo en ira, se levantó y pronunció la célebre peroración que comienza:

—«¡Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia!»

Catilina, confuso y descubierto, huyó, esa noche, de Roma y fué á reunirse al ejército que un satélite suyo, Manlio, había reunido en Etruria.

Los principales cómplices de Catilina fueron castigados con la muerte á instigación de Catón, mientras que se enviaba un ejército en contra de Manlio. Cerca de Pistoya vinieron á las armas: vencieron los soldados de la República, y Catilina y Manlio cayeron en el campo de batalla. Cicerón fué saluado como *Padre de la patria*.

**Craso y César—El primer triunvirato—Consulado de César—
César y la conquista de las Galias—César y Pompeyo—
Conquista de la España y de la Italia—Gobierno y pro-
yectos de César—Roma después de la muerte de César.**

Licinio Craso se enriqueció comprando las propiedades y bienes de los partidarios de Mario, proscritos por Sila. Su enorme fortuna, conjuntamente con sus grandes cualidades de orador, le hicieron hombre importante. El Senado le confió en el año 71 la guerra contra los esclavos sublevados por Espartaco, gladiador tracio. Craso los derrotó, pero Pompeyo, regresando de España, exterminó el resto de los rebeldes fugitivos y logró con su habilidad el triunfo de la victoria, mientras que á Craso sólo le fué concedida una *ovación* ó triunfo menor. Esto originó una rivalidad entre ambos triunfadores.

Cayo Julio César jactábase de ser descendiente de Eneas. En su juventud fué soldado de Mario. Tenía grandes cualidades de mando y una ambición desmedida. Su figura era hermosa, su aspecto simpático y era muy elegante en el vestir. Tenía talento rápido, gran habilidad, valor heroico, confianza en su valer y una generosidad no desmentida.

Pompeyo y Craso contribuyeron en un principio á que se le diera á César el consulado, y de acuerdo los tres, se propusieron gobernar á su gusto á Roma y al Senado, lo que consiguieron. Al fin del consulado de César, se le dió por cinco años la gobernación de las Galias, aún no sometidas.

Pompeyo y Craso se hacían entre tanto reelegir como cónsules, y el último, sediento de gloria, se lanzaba en una expedición fatal contra los partos, en la que pereció.

Muerto Craso, no tardó en estallar la rivalidad entre César y Pompeyo. El primero, reelecto gobernador de las Galias, sometió en nueve años de guerra á los galos, á los germanos y á los bretones; subyugó tres millones de hombres, y enriqueció el erario.

Pompeyo, envidioso de su gloria, obtuvo que el Senado mandara desarmar á César, retirándolo de las Galias; pero éste no obedeció, pasó el Rubicón y se dirigió á Roma con todo su ejército. Al saber esto, Pompeyo huyó. Persiguióle César y le presentó batalla en los llanos de Farsalia, en la Tesalia. Pompeyo fué completamente derrotado y buscó asilo en Egipto; pero el rey de este país le cortó la cabeza y se la envió como un presente á César, que, al contemplarla, derramó lágrimas de dolor.

César, después de esto, hizo tributario al Egipto y emprendió una expedición contra Farnaces, hijo de Mitridates. Rápido como un rayo, cayó con sus legiones sobre el rey del Bósforo y lo deshizo en la batalla de Zela. César, en carta á un amigo, condensó la descripción de esta victoria en tres palabras: «Vine, ví, vencí».

César, después de su regreso á Roma, trató con benignidad á sus enemigos y pasó al África á combatir á los partidarios de Pompeyo, que habían conseguido el apoyo de Juba, rey de Mauritania. Los destruyó en la batalla de Tapso.

Pasó después á España, pues los hijos de Pompeyo vencidos en África, se refugiaron allí para continuar la guerra contra él. El 17 de Marzo del año 45 vencelos en la batalla de Munda y sometió á la España.

Regresa en seguida á Italia y domina los disturbios civiles, que había dejado la contienda con Pompeyo.

Con estas últimas victorias, consolidó su situación.

El Senado le confirió la dictadura perpetua y el título de Emperador.

César, llegado al apogeo de su gloria, soñó con hacerse rey; pero comprendió que para hacer olvidar la República necesitaba el prestigio de nuevas victorias. Entonces proyectó llevar la guerra á los terribles partos, vengar á Craso, que murió luchando contra ellos, avanzar hasta el Indo y regresar á Roma dueño del mundo conocido.

Sospechando estos planes, Junio Bruto y Casio, predilectos de César, traman una conjuración contra el dictador, en la que tomó parte casi todo el Senado.

El día 15 de Marzo del año 44, al sentarse en el Senado, fué rodeado y apuñaleado por un grupo de conjurados. César, al ver entre ellos á Bruto, exclamó:

«Tú también, hijo mío!...» Se cubrió la cabeza con el manto y se dejó ultimar.

El pueblo, en el primer momento, aclamó la muerte de César; pero pronto reaccionó, y comprendiendo que había sido asesinado injustamente, se levantó contra los asesinos, que tuvieron que huir de Roma.

Un triunvirato, compuesto de Antonio, Lépido y Octavio, sobrino de César, se encargó del gobierno de la República. Estos, para mantenerse en el poder, resolvieron deshacerse de cuantos les hicieran sombra y se vieron renovados los tiempos de terror de Mario y Sila; cada uno de los triunviros se deshacía de sus enemigos, aunque fueran parientes de los otros; en esta carnicería fué muerto Cicerón, gran orador y el último de los republicanos.

Los republicanos, encabezados por Bruto y Casio, reunieron en Grecia un ejército de cien mil hombres; pero Antonio y Octavio los derrotaron y concluyeron con ellos en la batalla de Filipos.

LECCIÓN VIGÉSIMA

PROGRAMA:—Octavio y Antonio.—Batalla de Accio.—El Egipto reducido á provincia romana.—El Imperio.— Augusto y los emperadores de su familia.

OCTAVIO Y ANTONIO—BATALLA DE ACCIO—EL EGIPTO REDUCIDO Á PROVINCIA ROMANA

Habiendo desaparecido del triunvirato Lépido, que se retiró á la vida privada, quedaron Marco Antonio y Octavio, que eran rivales, sin contrapeso alguno, y encendieron de nuevo la guerra civil. Al principio, estos dos hombres se repartieron el gobierno del Imperio, dominando Antonio en el Oriente y Octavio en Occidente. Marco Antonio, aunque era valiente, no tenía el talento ni la prudencia de Octavio, y se dejó dominar por Cleopatra, reina de Egipto, olvidando su dignidad de hombre y su timbre de romano.

Marco Antonio, con esto, se rebajó á los ojos de los romanos; así que á Octavio, que ambicionaba el poder para sí solo, no le fué difícil convencer á los romanos de que Antonio quería empequeñecer á Roma y hacer á Alejandría capital del Imperio. Apoyado por la opi-

nión y contando con fuerza suficiente, Octavio rompió el triunvirato y pidió cuenta á Antonio de su conducta. Éste, naturalmente, se aprestó á contestarle con las armas, pero vencido por la molicie y por Cleopatra, contra la opinión de sus generales que le aconsejaban combatir por tierra, presentó batalla á su rival en el golfo de Ambrocia, frente al promontorio de Accio. Las dos flotas eran numerosas, pero la de Antonio doble de la de Octavio, y sin embargo fué derrotado vergonzosamente, pues huyó abandonando su armada por ir en seguimiento de Cleopatra, que había huído antes que él.

Una semana después, las tropas de tierra de Antonio se entregaban á Octavio, y el Egipto era reducido á provincia romana.

Marco Antonio, por no caer en manos de Octavio, se dió la muerte, añadiendo á sus faltas un crimen más.

EL IMPERIO—AUGUSTO Y LOS EMPERADORES DE SU FAMILIA

Octavio, una vez solo y dueño absoluto de Roma, no se atrevió á titularse rey y gobernó bajo el dictado de Emperador y el nombre de Augusto César. Reinó pacíficamente cuarenta y un años, sin necesidad de hacer más guerras, pues excepción hecha de una parte del Norte y parte de la Arabia, su dominio se extendía por todo el mundo conocido. Bajo su reinado, la gloria y poder de Roma llegaron á su apogeo, pues se realizó el plan y ambición que la animó por tantos siglos: la conquista del mundo. Lástima que para ello hubiera empleado la injusticia, la fuerza y muchas veces el crimen.

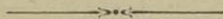
Augusto protegió las artes y las letras y mereció dar el nombre á su siglo.

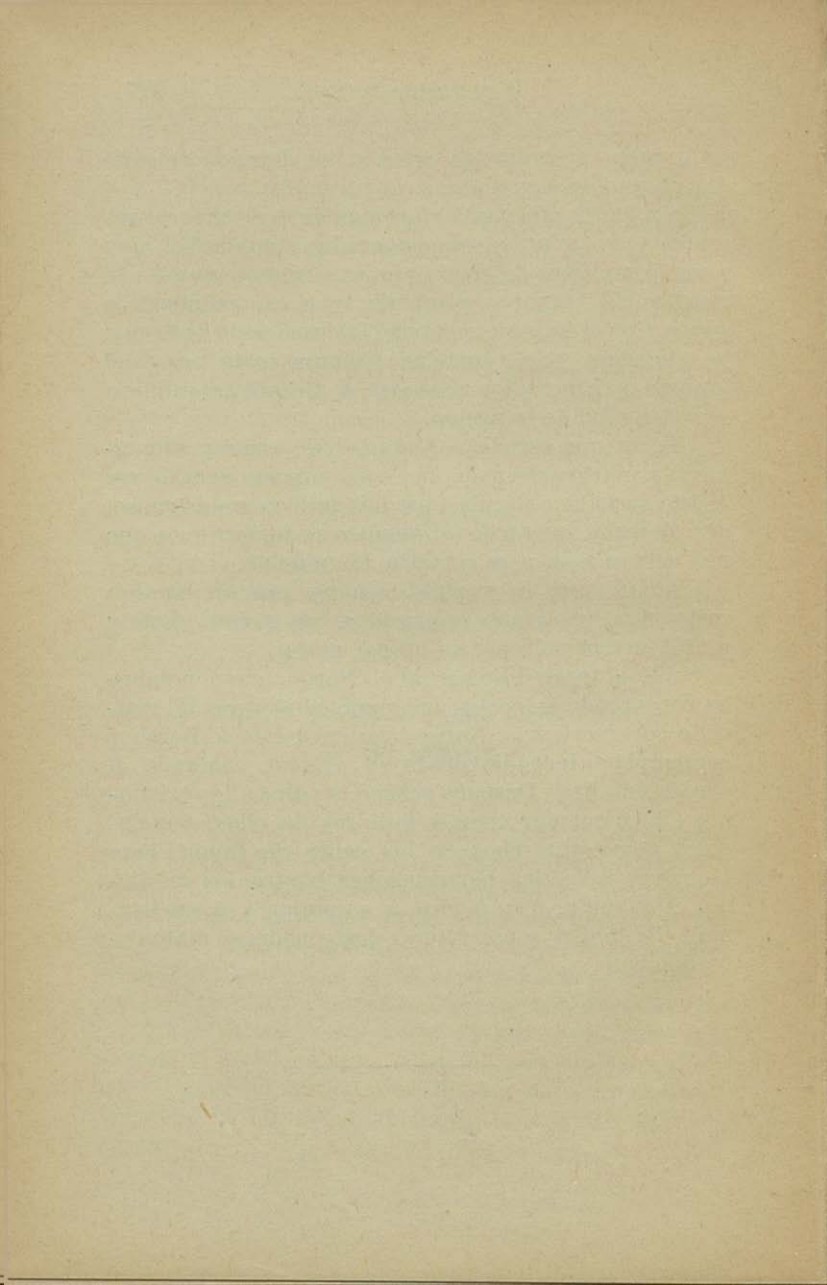
Trescientos cincuenta años más duró el imperio romano, y de treinta y seis emperadores que hubo, muy pocos son dignos de elogio por sus buenas obras, y sí muchos de horror y vituperio, por sus crímenes y vicios. Con el imperio comenzó la decadencia de Roma: la adulación y la venalidad hicieron tabla rasa del antiguo civismo, y los abusos de la tiranía aniquilaron el poder vital de la nación.

Tiberio, que sucedió á Augusto, fué cruel y sanguinario y murió asesinado por sus mismos servidores. Á éste sucedió Calígula, que fué un loco monstruoso, que deseaba que todo el imperio no tuviera más que una cabeza sola, para cortarla de un golpe.

Claudio, que le sucedió, aunque era un hombre instruído, fué, como emperador, un pobre idiota y murió envenenado por su propia mujer.

Subió al trono después de él Nerón, cuyo nombre ha conservado la posteridad como sinónimo de malvado por excelencia. Nerón hizo incendiar á Roma y contempló el incendio desde su palacio, cantando al son de una lira. Después achacó la culpa á los cristianos é hizo quemar vivos á millares de ellos, poniéndolos como antorchas en las calles de Roma. Este monstruo inició las persecuciones contra los cristianos; hizo matar á su madre, á su mujer y á su hermano Británico, y por último, destronado, se mató cobardemente.





LECCIÓN VIGÉSIMAPRIMERA

PROGRAMA: Los Flavios y los Antoninos.—Marco Aurelio.
La dominación militar.—El Cristianismo.—El Concilio de Nicea.—Los padres de la Iglesia.—Constantinopla.
Organización de las sociedades antiguas.

LOS FLAVIOS Y LOS ANTONINOS — MARCO AURELIO

Con Nerón se extinguió la familia de Augusto. Á su muerte fué proclamado Galba por el ejército de España. Galba era un hombre anciano y probo. Murió asesinado por una conjuración, encabezada, por Otón, que se hizo aclamar emperador en Roma, mientras que las legiones de Germania juraban fidelidad á Vitelio.

En vano quiso Otón llegar á un acuerdo con Vitelio, á quien la victoria de Bedriaco dió el imperio.

Vitelio, cruel, sibarita y vengativo, provocó la rebelión de sus pueblos, y las legiones de Oriente proclamaron á Vespasiano.

Vespasiano hizo una administración digna de memoria y trató de reorganizar el imperio.

De su esposa Flavia Domitila, tuvo dos hijos, Tito y Domiciano, que debían de sucederle en el imperio.

Durante su reinado, los romanos guerrearon contra los germanos y los judíos. Los primeros fueron vencidos por Cereal, lugarteniente del emperador; mientras que Tito dirigía la lucha contra los judíos, que terminó con la ruina de Jerusalén, de la que no quedó piedra sobre piedra, y cuyos habitantes fueron dispersados por el mundo como lo había predicho el Redentor Divino.

Tito sucedió á Vespasiano. Su gobierno fué benéfico y suave; pero á pesar de ello algunos nobles de Roma determinaron asesinarle. Descubiertos, Tito magnánimamente los perdonó, reprendiéndolos con dulzura.

En su reinado, una erupción del Vesubio destruyó á las ciudades de Herculano y Pompeya, y una peste diezmo la población de Roma. Poco después murió el emperador. Había reinado sólo dos años. Domiciano su hermano, que le sucedió, fué despótico y cruel y se quiso hacer adorar.

Por envidia quitó á Agrícola el gobierno de la Bretaña, cuando éste estaba ya á punto de someterla por completo.

Domiciano se hizo tan odioso, que una conjuración, urdida por sus amigos y su propia mujer, le quitó la vida cuando ya había ordenado la segunda persecución contra los cristianos.

El Senado declaró infame su memoria. Éste fué el último emperador de la familia de los Flavios. Sucedióle Nerva, viejo de 70 años, que hizo un gobierno moderado. Reinó diez y seis meses.

Dos emperadores españoles, Trajano y Adriano, precedieron á los Antoninos. Trajano tuvo cualidades guerreras y de administración. Sometió á los dacios; castigó á los judíos rebeldes, y pasando al Oriente soñó con la conquista de la India.

Pero manchó su reinado con una terrible persecución contra los cristianos, á los que consideraba enemigos del Estado.

Publio Elio Adriano fué un docto emperador, enemigo de la guerra.

Sin embargo, en su tiempo fué devastada la Palestina.

Dictó sabias leyes, entre las que se distingue el Código de gobernadores de provincia, llamado *Edicto perpetuo*.

Murió á los 62 años, dejando como sucesor á Aurelio Antonino (138 de J. C.).

Éste era natural de Nimes en la Galia. Su reinado fué de paz y duró veintitrés años. Su bondad para con Adriano enfermo le valió el sobrenombre de *Pio*.

Los romanos y todos los súbditos del imperio le amaban entrañablemente. Fué el primer emperador que oyó con dulzura á los cristianos y que prohibió que se les persiguiera por su fe. Murió, llorado de todos, el año 161, dejando adoptado por hijo y sucesor á Marco Aurelio, su yerno.

Este emperador fué filósofo y descargó en parte el peso del imperio sobre los hombros de Lucio Vero, á quien nombró colega en el imperio. Fué ésta la primera vez que se vió en Roma dos Augustos. Vero, enviado al Oriente, se manchó con una vida de disolución: las legiones, al mando de su lugarteniente Avidio Casio, derrotaron á los partos que habían invadido la Armenia, y Lacio Vero regresó triunfante á Roma, donde murió poco después, á causa de sus excesos.

Marco Aurelio persiguió terriblemente á los cristianos. Los últimos años de su reinado fueron flagelados por terremotos, pestes, inundaciones é invasiones de bárbaros.

Marco Aurelio murió en Viena, á la edad de cincuenta años, y le sucedió su hijo Cómodo, el último de los Antoninos.

Cómodo fué un emperador cruel y disoluto. Como Nerón, subió á la escena y se rodeó de histriones y gente de mala vida. Luchó en el circo, echándose las de Hércules, pero compró á precio de oro la paz con los marcomanos.

Murió asesinado por sus propios favoritos.

En su tiempo (180 á 192), hace hablar de sí por primera vez la raza sarracena, que tanto que hacer dió después á los ejércitos cristianos.

LA DOMINACIÓN MILITAR

Después del asesinato de Cómodo, malvado sucesor de Marco Aurelio, el ejército se hizo dueño de Roma, y el cargo de emperador lo vendieron los pretores al mejor postor durante casi un siglo. Estos emperadores pretorianos no tienen mejor historia que los anteriores, y el mejor de ellos fué Aureliano.

Bajo Diocleciano (285 d. de J. C.), hubo cuatro emperadores que se dividieron el poder, y se llevó á cabo la más terrible persecución á los cristianos.

Después de la muerte de Constancio Cloro los emperadores fueron seis. Entre ellos estaba Constantino, que se convirtió al cristianismo y venció con la señal de la cruz en su estandarte á todos sus enemigos y rivales.

Constantino fué un gran emperador; trasladó la capital del imperio á Constantinopla y á su muerte el imperio se dividió entre sus hijos Constancio, Constante y Constantino II; mas con la muerte de los dos últimos volvió el imperio á manos de un solo emperador.

Pero Constancio no se sintió capaz de dominar por sí solo tan vasto territorio y asoció en el trono á Juliano, que á su muerte heredó el imperio. Este emperador, una vez que subió al trono, persiguió á los cristianos, siendo él cristiano, y se entregó al paganismo restableciendo el culto de los ídolos, lo que le valió el triste dictado de Apóstata.

Murió á los veintiún meses de reinado, peleando contra los persas. Fué el último emperador pagano.

El imperio marchaba hacia su ruina; á la muerte de Teodosio, bajo cuyo reinado se cumplió el triunfo del cristianismo, se dividió el imperio en dos: el de Occidente, con Roma por capital, tocóle á Honorio; y el de Oriente, cuya capital era Constantinopla, á Arcadio. En el Occidente, los bárbaros formaban la mayor parte del ejército; así es que fueron ellos quienes en vista de la corrupción romana, hacían y deshacían emperadores. Por último, el jefe de los hérulos, Odoacro, destronó á Rómulo Augústulo, en el año 476 (d. de C.), y se hizo rey de Italia, destruyendo el imperio de Occidente.

El imperio romano de Oriente duró, entre tumultos y vergüenzas, como mil años más, distinguiéndose Justiniano el Legislador, entre sus emperadores.

Toda la cultura de Roma, la debió á sus conquistas; antes de ellas los romanos eran un pueblo viril y sobrio, pero sin ninguna noción del arte y sin más ocupaciones que las de las armas y la agricultura.

Sin embargo, en tiempo de la República tuvieron grandes oradores y jurisconsultos, distinguiéndose entre ellos Cicerón. Pero los romanos, que despreciaban en un principio su propia lengua y escribían en griego, no eran amantes de la erudición ni de las artes. Y cuando la historia y la poesía surgen, son imitación de los griegos. Los principales historiadores latinos,

émulos de los Herodotos y Jenofontes, son Varrón, Salustio, Tito Livio, Tácito, Suetonio, Cornelio Nepote y Trogo Pompeyo, compendiado por Justino.

Sus principales poetas fueron Virgilio y Horacio; pero antes que ellos se distinguieron Catulo, Tibulo, Ovidio, Propercio y Lucrecio. Príncipe de la fábula, aunque inspirado por Esopo, fué Fedro.

En el teatro, imitando siempre á los griegos, sobresalieron Séneca, como trágico, y Plauto y Terencio como autores cómicos.

Las bellas artes fueron poco cultivadas; sus escultores y pintores fueron griegos de la decadencia. En lo que más se distinguieron los romanos de los últimos tiempos fué en el lujo desplegado para la construcción de palacios, baños, teatros, circos y quintas.

Los romanos eran gente práctica, y una de las cosas más extraordinarias que construyeron, fué los caminos reales del imperio que, partiendo del Foro romano, se ramificaban en todas sus direcciones.

Obras monumentales por su solidez fueron también sus arenas ó anfiteatros, los acueductos para la conducción de las aguas á los pueblos, y los muros para defenderlos, que en ruinas hoy, asombran y maravillan todavía.

EL CRISTIANISMO

Durante el reinado de Augusto, se realizó el mayor acontecimiento del mundo, después de su creación: la venida del Mesías. La doctrina de Cristo, tomando el nombre de su divino fundador, se llamó Cristianismo, y San Pedro, el primero de los Apóstoles, fué el primer jefe de la Iglesia.

Esta doctrina de caridad, sacrificio y mansedumbre, revolucionó al mundo. Hemos visto en la his-

toria de los pueblos que acabamos de recorrer, excepción hecha del de Israel, que el móvil de todos ellos era la ambición y la injusticia; y Cristo, ante todo, recomendaba y ordenaba el amor: «Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á ti mismo.»

En aquella época de corrupción y de lujo, dice el Señor: «Id, vended vuestros bienes y dadlos á los pobres.»

En aquella época de desenfreno, santifica Dios el matrimonio y nos manda ser puros.

Pero estas ideas, que al principio encontraron gran acogida entre los pobres y humildes, contrariaron á los poderosos é irritaron á los que seguían el impulso de sus pasiones. Así es que durante los primeros siglos de predicación, sufrieron los cristianos diez grandes persecuciones del imperio romano. Si atroces y despiadadas por parte de los gobiernos, más despiadadas y atroces aún por parte del pueblo, siempre más encarnizado en sus odios y más extremoso en sus iras. Los mártires fecundaron con su sangre la religión del Crucificado, y cuantos más inmolaba la furia del paganismo, más se extendía la divina doctrina y se multiplicaba el número de cristianos.

No sólo tuvo que soportar la Iglesia Católica la persecución de los paganos, sino los ultrajes y herejías de sus propios hijos. La más terrible de aquellas herejías, ó falsas doctrinas con respecto al Cristianismo, fué la de Arrio. Pero la palabra de Dios estaba con su Iglesia y las herejías fueron vencidas. Aun hoy vemos que el infierno lanza diariamente nuevos errores y sofismas contra la Iglesia de Cristo; pero la misma palabra que sostiene los mundos sostiene á la Iglesia.

En tiempos de Teodosio, los cristianos, que hasta

Constantino habían tenido que refugiarse en las catacumbas, especie de cementerios subterráneos, para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, gozaron de completa libertad. Dios preparaba el terreno en que debía fructificar la Roma Nueva, y los bárbaros, pueblos toscos, pero sanos, se confundieron con los restos de la caduca sociedad antigua y dieron el elemento nuevo que había de servir de pedestal á la Cruz, y de arranque á la civilización moderna.

EL CONCILIO DE NICEA

La naciente Iglesia Cristiana no sólo fué perseguida por los emperadores, sino que fué afligida constantemente con herejías. Para combatirlas, y en especial la de Arrio que tanto daño hacía en el Oriente, la Iglesia convocó el Concilio de Nicea, que fué abierto por Constantino, en persona, el 19 de Junio de 325.

Á él acudieron delegados cristianos de todos los pueblos. Este concilio proclamó la unidad de Dios, formuló nuestro Credo católico, promulgó veinte cánones de disciplina y condenó la doctrina de Arrio. Fué cerrado el 25 de Agosto del mismo año.

Por primera vez en la historia de la humanidad, una asamblea universal se ocupaba de lo que el hombre ha de creer, y de cómo debe obrar.

LOS PADRES DE LA IGLESIA

Llámase padres de la Iglesia á los primeros cristianos eminentes que iniciaron las predicaciones en la Iglesia y que explicaron con sus escritos admirables las verdades de la Fe.

Unos escribieron en griego y otros en latín.

Entre los primeros, cuéntanse escritores como San

Gregorio Nacianceno y San Basilio, cuyas obras escritas en griego son modelos de ciencia y elegancia, y oradores como San Juan Crisóstomo.

Entre los latinos, distingúense Tertuliano, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín, célebre por su *Ciudad de Dios*, sus *Confesiones* y sus *Soliloquios*.

CONSTANTINOPLA

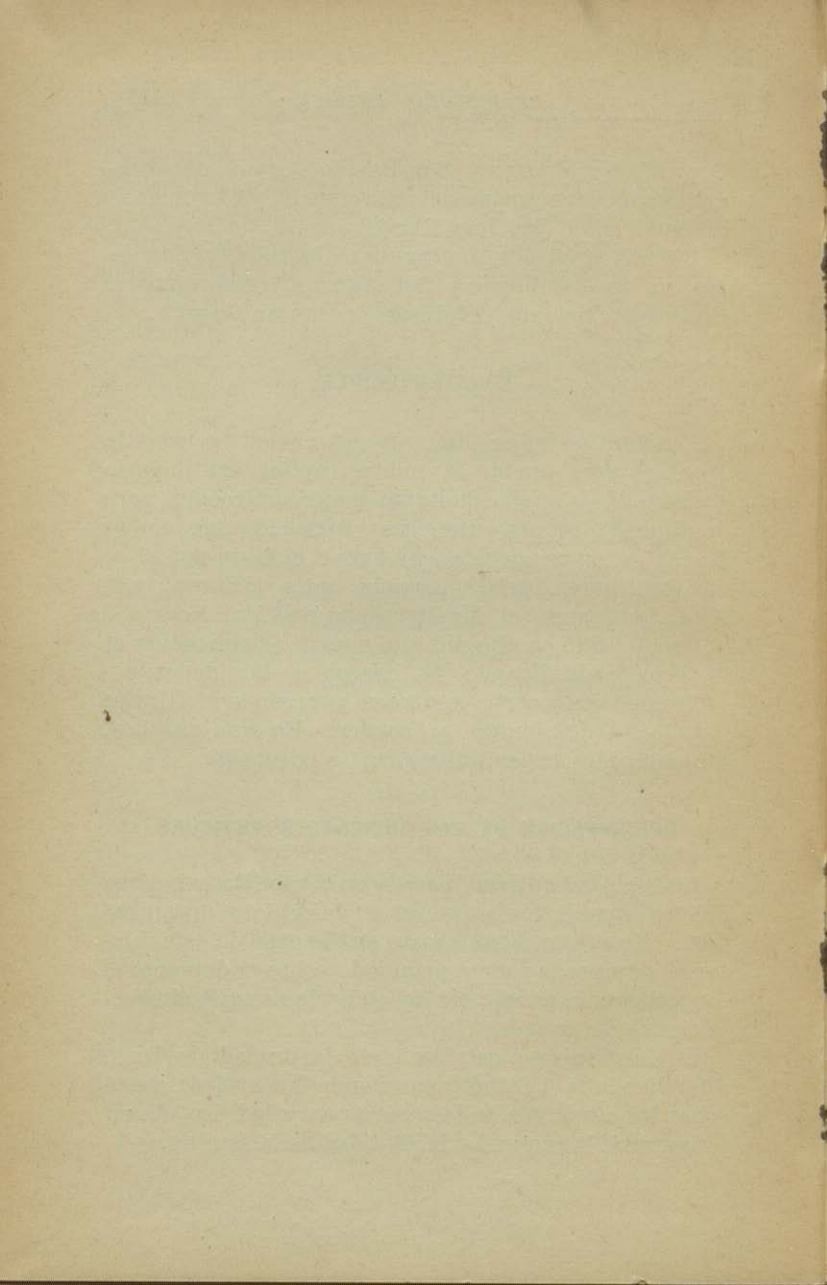
Constantino eligió la antigua ciudad griega de Bizancio para fundar la nueva capital del Imperio romano. No podía hallarse mejor ubicación para dominar aquel vasto imperio. Bizancio, que embelecida y engrandecida cambió su nombre por el de Constantinopla, estaba situada entre la Europa y el Asia, dominando el Mediterráneo y el Mar Negro.

Constantino en ella dió una nueva organización al imperio, multiplicando los cargos y dignidades, estableciendo una corte suntuosa y creando los títulos nobiliarios de duques y condes. En una palabra, dió el modelo de las futuras cortes europeas.

ORGANIZACIÓN DE LAS SOCIEDADES ANTIGUAS

La sociedad antigua, basada en el monstruoso error del politeísmo, tenía que ser de defectuosa organización. En efecto, hemos visto en el curso de esta historia, siempre la fuerza primando sobre el derecho; el despotismo, la guerra sin cuartel y la esclavitud enseñoreados del mundo.

El Cristianismo, estableciendo la unidad de Dios, difundiendo la Verdad y enseñando la Caridad, iba á echar los cimientos de la perfecta sociedad, basada en la libertad, la justicia y la santidad de la familia.



ÍNDICE

	Pág.
LECCIÓN PRIMERA:—El Egipto.—Descripción: el Nilo, Menfis, Tebas, el nuevo imperio y los Ramsés.—Conquista, religión, monumentos, costumbres.....	1
LECCIÓN II:—Caldeos y asirios.—Valles del Tigris y del Eufrates.—Nínive y Babilonia.—Costumbres y monumentos.....	15
LECCIÓN III:—Medos y persas.—El Irán y el Asia Menor.—Ciro.—Cambises.—Darío.—Conquista del Oriente.....	21
LECCIÓN IV:—Los israelitas.—Descripción de Palestina.—Moisés.—Los israelitas en la tierra prometida.—Los jueces.—Los reyes.—David y Salomón.—El cisma y la destrucción.....	27
LECCIÓN V:—Los fenicios: industria, colonias.—Fundación de Cartago.—El alfabeto.....	39
LECCIÓN VI:—Los griegos.—La Grecia antigua y el litoral Mediterráneo.—La raza helénica.—Dioses y leyendas.—La guerra de Troya.—Los poemas de Homero.—Oráculos griegos.....	43
LECCIÓN VII:—Esparta.—Costumbres.—Reyes.—Senado.—Éforos Licurgo.....	49
LECCIÓN VIII:—Atenas.—Costumbres.—Reyes.—Arcontes.—Areópago.—Solón, Pisístrato, Clístenes.....	53
LECCIÓN IX:—Guerras médicas.—Batalla de Maratón.—Milciades.—Salamina.—Platea.—Temístocles.—Cimón.....	59
LECCIÓN X:—Supremacía de Atenas.—Pericles.—Constitución de la democracia.—Costumbres, artes y letras.—El teatro.—Fiestas y asambleas.—Los historiadores.—La escultura y la arquitectura.—Guerra del Peloponeso: causas, períodos.....	65
LECCIÓN XI:—Supremacía de Esparta.—Ciro y la retirada de los diez mil.—Agésilao.—Tratado de Antalcidas.—Tebas.—Epa-minondas.—Supremacía tebana.....	71

	Pág.
LECCIÓN XII:—Supremacía de Macedonia.—Filipo.—Demóstenes. —Batalla de Queronea.—Alejandro.—Conquista del Asia.— Los filósofos y sabios griegos.—Sucesores de Alejandro.—Los Tolomeos	77
LECCIÓN XIII:—Últimas luchas civiles en Grecia.—Ligas aquea y etolia.—Conquista romana.—Difusión del espíritu griego en Occidente.....	83
LECCIÓN XIV:—Descripción de la Italia.—Roma bajo los reyes. —La República.—Lucha de los plebeyos y de los patricios.— La dictadura.—El tribunado.—Los decenviros.—La censura.	87
LECCIÓN XV:—La Galia.—Invasión de los galos.—Camilo.—Divi- sión del Consulado.—Igualdad política.—Conquista de Italia.	97
LECCIÓN XVI:—Roma y Cartago.—Las guerras púnicas.—Primera guerra púnica.—Anibal.—Segunda guerra púnica.—Anibal en Italia.—Fabio.—Batalla de Cannas.—Anibal en Capua. Batalla de Metauro.—Escipión.—Batalla de Zama.—Conclu- sión de la lucha.....	103
LECCIÓN XVII:—Las guerras de Oriente.—Los romanos en Mace- donia.—Batalla de Magnesia.—Reducción de la Macedonia y de la Grecia á provincia romana.—Tercera guerra púnica. —Ruina de Cartago.—Escipión Emiliano y sus conquistas..	109
LECCIÓN XVIII:—Estado de la República Romana en 123 (a. de J. C.)—Escipión el Africano y Catón.—Los Gracos.—Las leyes agrarias.—Tribunado de Cayo Graco.—Sus leyes.—Su muerte.....	113
LECCIÓN XIX:—Guerras civiles.—Mario y Sila.—Pompeyo.—Cice- rón.—Catilina.—Craso y César.—El primer triunvirato.— Consulado de César.—César y la conquista de las Galias.— César y Pompeyo.—Conquista de la España y de la Italia. —Gobierno y proyectos de César.—Roma después de la muer- te de César.....	117
LECCIÓN XX:—Octavio y Antonio.—Batalla de Accio.—El Egipto reducido á provincia romana.—El Imperio.—Augusto y los emperadores de su familia.....	125
LECCIÓN XXI:—Los Flavios y los Antoninos.—Marco Aurelio.—La dominación militar.—El Cristianismo.—El Concilio de Ni- cea.—Los padres de la Iglesia.—Constantinopla.—Organiza- ción de las sociedades antiguas	129

PUBLICACIONES DE LA CASA

- Gramática de la lengua castellana**, con unas breves nociones de Lingüística y de Etimología, por D. Juan J. García Velloso, catedrático de la asignatura en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal de Profesores de la Capital. Texto arreglado al programa oficial.
1 tomo de 310 páginas..... 2.00
- Gramática latina**, por D. Luis Bacci, á la que acompaña la **Crestomatía latina**, del mismo autor, adaptada al programa oficial.
Gramática latina, un tomo de 181 páginas... 2.00
Crestomatía latina, un tomo de 76 páginas... 1.25
- Geografía de Europa**, adaptada al programa de tercer año de los Colegios Nacionales, por D. Jorge A. Boero, profesor de Historia y Geografía en la Escuela Normal de Profesores de la Capital y en el Colegio Británico.
1 tomo de 192 páginas..... 1.80
- Historia Argentina** (MEMORANDUM DE).—Escrito según el programa vigente para uso de los estudiantes de primer año de los Colegios Nacionales por D. Rafael Fragueiro, catedrático de la asignatura en el Colegio Nacional de la Capital.

- 1 tomo de 182 páginas..... 1.50
- Instrucción Cívica** (CURSO DE).—Adaptado al programa de los Colegios Nacionales, por el Dr. Enrique García Mérou, catedrático de Instrucción Cívica en el Colegio Nacional de la Capital, etc.
- 1 tomo de 262 páginas..... 3.00
- Sueño de Escipión** (EL) y el primer libro de las **Académicas**. Texto latino con traducción y notas por los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, bajo la dirección del Dr. José Tarnassi, catedrático de Literatura Latina. Con un prólogo del Dr. Rodolfo Rivarola, catedrático de Filosofía.
- 1 tomo de 86 páginas..... 2.50
- Trabajo manual** (PEDAGOGÍA DE), por E. Schmitt, traducido del francés por D. Enrique A. Bouilly, profesor de la Escuela Normal de Maestros y Colegio Nacional de Córdoba, y el Dr. Pedro N. Arias, director general de Escuelas de Córdoba, con una introducción del profesor D. Pablo A. Pizzurno.
- 1 tomo de 186 páginas..... 3.00
- Vida de Cicerón**.—Lecciones de Literatura Latina por el Dr. José Tarnassi, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.
- 1 tomo de 160 páginas..... 4.00

